lectores de banda oriental /tercera serie

EL PATIO DE "EL NACIONAL"

De dónde salen, dónde viven, dónde comen, dónde duermen esos centenares de muchachos de todos tipos y de todas edades, que desde las primeras horas de la mañana acampan en el patio de esta imprenta, y lo convierten en teatro de sus truhanerías, de sus burlas, de sus juegos y de sus riñas?

Ellos mismos, tal vez, no lo saben. Duermen donde la noche les toma, después de sus mercantiles correrías para vender el diario; comen lo que la casualidad les depara, si no tienen con qué comprar un pan y alguna golosina; visten las ropas más remendadas y se cubren con los más estrafalarios sombreros, cuya pristina forma y color han deshecho y borrado el sol, el polvo y la lluvia de dos veranos y de dos inviernos, cuando no el volar de mano en mano a guisa de pelota con gran contento del dueño, que lejos de enfadarse, toma parte de la jarana y ayuda a zarandear su manoseada prenda, que al cabo de voltear por los aires como el manteado escudero de la venta, va a caer sobre la cabeza a cuyo servicio está, ajada, marchita, fatigada y con una arruga más, que precipita su ya avanzada vejez.

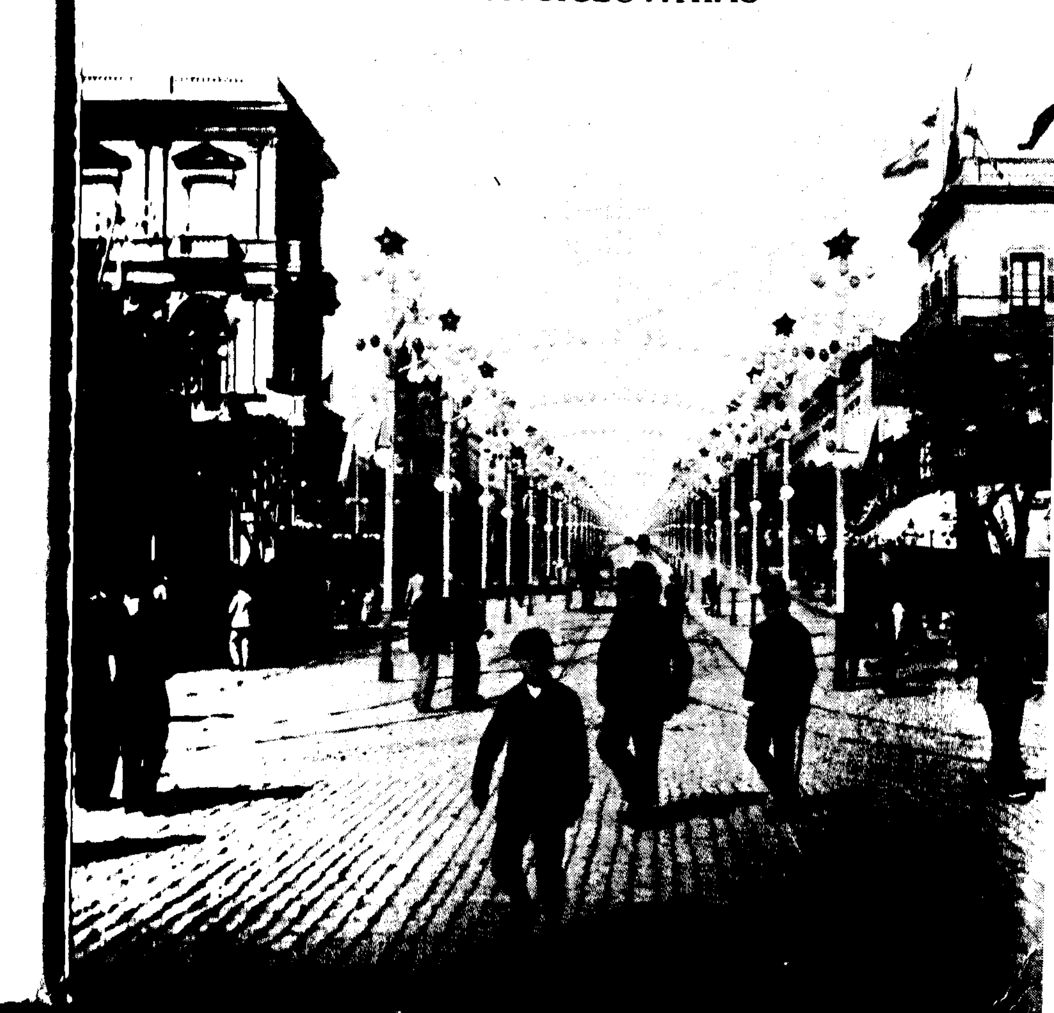
Es de verlos a todos ellos, reunidos en torno del que tuvo la dicha de ir al Circo anoche, oyendo boquiabiertos y con cara de envidia la enumeración de las gracias del payaso, la narración de los ejercicios del doble trapecio, de los equilibrios de la cuerda floja, de los desgoznamientos del hombre de goma que toma con los labios la moneda colocada entre sus pies, haciéndose un arco, de los saltos mortales, de los aros forrados de papel que la amazona hiende lanzando el caballo a gran carrera, y de todas las suertes, en fin, que constituyen el programa de un espectáculo acrobático.

Pero donde el interés del auditorio aumenta y la mímica del narrador redobla, es cuando llega a la descripción de la lucha descomunal de los atletas Raffetto y Bartoletti, los héroes del día, que andan en boca de los viejos, cuyo nombre repiten los niños, envidiados por los changadores, adorados en silencio por todas las forni-

Sansón Carrasco

CRONICAS MONTEVIDEANAS

DE UN SIGLO ATRAS



SANSON CARRASCO

CRONICAS MONTEVIDEANAS

DE UN SIGLO ATRAS

PROLOGO DE HEBER RAVIOLO





lectores de banda oriental

Carátula:
La Av. 18 de Julio en 1892.

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL.
Gaboto 1582 - Tel. 4.32.06 - Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1984

PROLOGO

Cuando, como en estos tiempos, el montevideano tiene planteado ante sí, con una urgencia y un dramatismo desconocidos hasta hoy, el tema de la conservación o la pérdida de identidad de su ciudad —tal vez un capítulo o aspecto parcial de otro problema mucho más vasto, insidioso y potencialmente trágico: el riesgo de la pérdida de identidad del Uruguay como nación— estas crónicas de Sansón Carrasco que hoy ofrecemos tienen la virtud, entre otras, de sumergirnos en aquellos años de infancia de la gran ciudad, cuando, a tres décadas de terminada la Guerra Grande, empezaba a extenderse con ímpetu más allá de los antiguos límites de sus murallas, derruídas hacía ya medio siglo, sin dejar por ello de conservar aún sus características aldeanas, su aire pueblerino, sus personajes típicos, sus costumbres tradicionales.

Mas ya su población orillaba los 200.000 habitantes (1887) y los "tramways" —a caballo, por supuesto— estiraban sus rieles hasta barrios lejanos, que en la época debieron parecer remotos; ya Piria fraccionaba terrenos y creaba "pueblos" que al poco tiempo quedaban integrados a la red urbana por esos mismos "tramways". En pocas décadas la ciudad se extendió como una mano abierta. En algunos lugares, como el Paso del Molino, Atahualpa o Colón, la frondosa vegetación de las casas-quintas señaló el pujante esplendor de la alta burguesía, mientras que, por la costa, los nombres de Ramírez o Los Pocitos emergieron como pálidos anuncios de lo que sería el futuro desarrollo de la zona balnearia. Pero la ciudad se extendía también en una sucesión de suburbios con mucho de campo todavía, con cafetines y "academias", con "gauchos" y compadritos, con cientos de conventillos, multitudes de inmigrantes y una naciente clase obrera. Al mismo tiempo, una nueva civilización política, surgida al amparo, si así puede decirse, de los oscuros años del "militarismo" —o de la lucha contra él— asentaba las bases de un período civilista que, afirmado en los albores del siglo, en algún momento se pensó sería eterno e indestructible.

Sansón Carrasco (1849-1930), seudónimo periodístico de Daniel Muñoz, nació en Montevideo, dos años antes del fin de la Guerra Grande. Es, pues, contemporáneo de Acevedo Díaz (1851) y Zorrilla de San Martín (1855) y aunque su obra no alcance las dimensiones ni la importancia de la de estos, sus crónicas no han perdido vigencia y se pueden leer hoy sin que el lector necesite un "acomodamiento" previo a las modas literarias o a las retóricas epocales.

Fue la suya, fundamentalmente, obra de periodista y él fue el primero en afirmarlo: *"Jack se empeña en que soy más literato que periodista y yo me em-*

peño en que soy más diarista que hombre de letras", dijo al comentar un soneto de Jaime Castells ("Jack ") que lo calificaba de *"literato, mejor que periodista"*. Pero si nada cuesta suscribir la opinión de Daniel Muñoz, habida cuenta del caracter espontáneo y apresurado de su producción, siempre presta a salir de sus manos directamente hacia las prensas, la lectura de sus mejores artículos nos permite aún hoy afirmar que su periodismo pertenece —dentro de los límites que él mismo se impuso— a la mejor literatura.

La actividad periodística de Daniel Muñoz no fue por cierto una excepción, sino una norma de aquella época, al mismo tiempo aldeana y borrascosa. Literatura, periodismo y política eran tres rubros prácticamente inseparables, y el "escritor puro" un espécimen que no se compadecía con las urgencias de esos tiempos. Las generaciones se relevaban rápidamente y es notoria la extrema juventud de gran parte del equipo intelectual y político de ese último cuarto de siglo: basta pensar en la juvenil irrupción de figuras tan disímiles como Julio Herrera y Obes, José Pedro Varela, Lorenzo Latorre, Francisco Bauzá, Juan Zorrilla de San Martín, José Batlle y Ordoñez.

Cuando en el año 1878 Daniel Muñoz fundó "La Razón", *"sin otro programa que combatir al catolicismo y demás religiones positivas"* y defender el espiritualismo liberal, comenzó una doble tarea, de editorialista en su calidad de director, y de cronista con el seudónimo de Sansón Carrasco. (1). Sus artículos se pudieron leer durante alrededor de veinte años, en "La Razón" y otros periódicos, y en 1884 fueron recogidos por primera vez en libro bajo el título de "Colección de Artículos", con prólogo de Juan Carlos Blanco. En 1885 publicó un fallido intento de creación novelística, "Cristina", y en 1893 apareció su último libro, "Artículos de Sansón Carrasco", que incluía una selección de su producción hasta el año anterior, hecha con la expresa imposición del autor de que no se incluyeran los de *"propaganda ni de polémica sobre asuntos políticos o religiosos"*. Los últimos treinta años de su vida los dedicó a la diplomacia y a la política. Fue embajador en Buenos Aires, primer Intendente Municipal de Montevideo en 1909-1911 y Ministro de Relaciones Exteriores en 1919.

Sansón Carrasco es, sin duda, nuestro primer gran costumbrista. Bajo la influencia más o menos directa de Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, el género estaba en boga en toda la América española y había dado lugar, junto con la Leyenda romántica, a una obra tan importante como la del peruano Ricardo Palma. Pero Daniel Muñoz ni echa mano a la fantasía ni es un memorialista, sino un costumbrista nato; no inventa ni traspone los datos de la realidad, ni hurga en los libros de historia ni en la memoria de los viejos, sino que escribe sobre lo que él vivió y conoció. Y más allá de su deuda genérica con los autores españoles mencionados, su estilo es absolutamente *nuestro* y no cae jamás en cierto "españolismo" que es fácil detectar en la mayoría de los numerosos cultores del género en América. Más allá de su estilo espontáneo y elegante, de su andar de hombre moderno y "de mundo", hay *"una soterrado veta criolla"*, como lo ha hecho notar Real de Azúa (2), que emerge sin dificultad en sus descripciones, en sus diálogos, en sus personajes, en sus opiniones.

Los artículos que hoy ofrecemos son una buena muestra del interés entrañable de Daniel Muñoz por la "pequeña historia" de su ciudad natal, esa historia que no se mide por los grandes hechos militares o políticos sino por la aguda captación de los personajes populares, de las costumbres arraigadas o en camino de desaparecer, de los nuevos elementos que van pautando la evolución urbana y ambiental y de los aspectos que el ritmo acelerado de las transformaciones sociales y materiales va dejando irremisiblemente atrás.

En el calor que pone el cronista, en la corriente de "simpatía" que se establece continuamente entre él y un personaje al que define eficazmente en pocos rasgos o algún anónimo rincón ciudadano al que describe con trazos rápidos e incisivos, se trasluce una especie de "necesidad" de llegar al alma de las cosas y de los seres, un tal vez nebuloso propósito de rescatar lo que de esencialmente montevideano pueda hallarse en esos sujetos que atraen el vuelo de la pluma. Es una necesidad, por cierto, que parece ser de índole generacional, si pensamos que pocos años después Isidoro de María y Antonio Pereira completan "hacia atrás" esa pequeña historia de la ciudad iniciada por Sansón Carrasco a principios de la década del 80. (3)

En la brevedad de estos nueve artículos se observa la diversidad de enfoques con que el cronista era capaz de acercarse a los sucesos cotidianos de su ciudad. A veces son trozos meramente descriptivos, como "La basura", pero se trata siempre de una descripción dinámica y no meramente acumulativa. El artículo comienza con una caracterización del basurero y su carro en pleno centro de Montevideo y termina en el gran basural del Buceo, después de hacernos atravesar la ciudad en uno de los consabidos "tramways". Desde el rincón de la cocina donde yace el cajón de la basura hasta el vasto reino de la inmundicia en un lugar privilegiado de la costa, el autor nos da una visión general de la ciudad; nos vemos de pronto atravesando una *"alfombra tupida de trébol"* que cubre todos los potreros y desde la altura de la actual avenida Rivera divisamos *"los médanos blancos de los Pocitos"*. Esta especie de macro-visión de la ciudad, llena de luz y de vastas extensiones, de panoramas no anulados aún por el crecimiento vertical, la observamos también en "La escuela Juan Manuel Bonifaz". Ahí el autor nos pone en un vagón del Ferro-carril del Este, el que salía por los puentes de la calle Galicia y pasaba por La Unión, y en rápidas pinceladas nos hace desfilar desde las comadres, los pilluelos y el hacinamiento de casas de los barrios que atravesaba el tren, hasta los vastos panoramas que abarcaba la mirada: la bahía poblada de barcos, el Cerro, las quintas, las lomas del Cerrito, la arboleda de Villa Colón, las chimeneas de una fábrica, las torres de la Iglesia de Las Piedras.

En "Los Carnavales", rememora las fiestas de la década del sesenta, las de su infancia y su juventud. Otra vez el panorama es amplio y variado y bajo su pluma reviven la "juventud dorada" de Montevideo, tanto como *"el orillero de sombrero gacho, poncho y pañuelo de golilla"* y *"los trasijados bailes de rompe y rasga, en que van las parejas ceñidas como los hermanos siameses"*.

El núcleo principal de esta selección está integrado por los retratos de cinco personajes típicos del Montevideo de la época. Cada uno de ellos es un modelo

y una creación original. No podemos entrar a un análisis pormenorizado pero, desde distintos ángulos y con gran variedad y riqueza de enfoques, en todos se observa lo que José Pereira Rodríguez define como la facilidad del autor *"para esquematizar los rasgos característicos y caricaturescos de un tipo popular, para abocetar un ambiente, para extraer de la realidad, aparentemente trivial, lo duradero y definidor de un momento cualquiera de la vida ciudadana o campesina"*. (4). Pero tal vez la obra maestra sea el dedicado a Juan Manuel Bonifaz.

Ahí la calidad humana, la ternura irónica, la burla atemperada que nunca llega al sarcasmo, permiten al autor adoptar un "punto de vista" de una maravillosa ambigüedad. Terminamos el artículo sin saber a ciencia cierta si lo que experimenta Sansón Carrasco por el singular pedagogo y sus curiosos métodos es una ilimitada admiración o una disimulada burla; pero es más, sentimos que ambos sentimientos tal vez no sean más que uno, auténtico y entrañable. Y el retrato de Bonifaz y su asistente queda en pie, entero e inolvidable.

Heber Raviolo

Notas

(1) Cfr. José Pereira Rodríguez, prólogo a "Artículos" de Sansón Carrasco, Colec. de Clásicos Uruguayos, Vol. 10, pág. XI, Montevideo, 1953.

(2) Carlos Real de Azúa: "Prosa del mirar y del vivir", Capítulo Oriental, "Historia de la Literatura Uruguaya", Volumen I, capítulo 9, pág. 142.

(3) Isidoro de María (1815-1906) publica entre 1887 y 1895 los cuatro volúmenes de su "Montevideo Antiguo" donde revive "lugares, costumbres, dichos, rostros de nuestra capital, desde los últimos tiempos de la Colonia a los primeros de la Patria nueva" (Real de Azúa, op., cit.). Antonio Pereira (1838-1906) publica también cuatro tomos de memorias y evocaciones entre 1891 y 1899, donde testimonia la vida y costumbres de Montevideo desde la época de la Guerra Grande hasta la de las dictaduras militares.

Los artículos de esta selección para "Lectores de Banda Oriental", con excepción de los dos primeros, han sido tomados de la edición de Clásicos Uruguayos citada, que es a su vez una selección de las dos ediciones publicadas en vida del autor. En cuanto a los dos iniciales, su ubicación en la prensa de la época nos fue generosamente proporcionada por el prof. Alfredo Castellanos. No hemos tenido oportunidad de comprobar si estaban incluidos en las ediciones de 1884 o 1893, pero, sea como sea, constituyen hoy una interesante novedad.

(4) Es de señalar que hay un buen número de artículos de Sansón Carrasco que no se limitan a la ciudad de Montevideo, sino que están dedicados a distintos puntos de nuestra campaña.

MANUEL FERNANDEZ TABLAS

El cachivachero del Cordón

Muchos de los que me lean, recordarán a Cambalache, aquel célebre Cambalache que se hizo dueño de una fortuna sin más arte, ciencia, ni industria que la de comprar trastos viejos y chafalonía para revender enseguida con una módica ganancia de ciento por ciento. Aquel era italiano, grande de cuerpo, de rostro apoplético, cargado de espaldas, vestido siempre con un gabán que era todo faltriqueras por dentro y por fuera, por delante y por detrás, archivos de cuanta baratija echó Dios al mundo, joyeros de alhajas de oropel y vidrio teñido, disfrazado de esmeralda, de rubí, de topacio y hasta de brillante.

Nunca llegué a saber cómo se llamaba, y creo que muy pocos lo supieron. Se conocía por Cambalache, y por Cambalache respondía él sin tomarlo a mal, como que no había por qué, pues que era su oficio el cambiar; eso sí: tomando liebre por gato, y dando gato por liebre, no sin quejarse del sacrificio que hacía en trocar lo que valía dos por lo que costaba diez. Un buen día amaneció muerto entre sus trebejos, y si hubo quien heredó su fortuna, no apareció quien heredara su industria, a pesar de los pingües lucros que dejaba.

Quedó de él la fama tan sólo, y sabe Dios hasta cuando se hubiese perpetuado, si no fuera que ha aparecido un sucesor que se la disputa, y que va en camino de eclipsarla, tal es el empeño que el hombre pone en acaparar cuanta vejez y desecho le cae a mano.

Llámase el tal don Manuel Fernández Tablas, hombre de regular edad, que ni pasa de los cuarenta ni baja de los treinta y cinco, castellano de origen, y de oficio, según él, carpintero, tal vez por hacer honor a su apellido de Tablas, pues justo es que quien tan enmaderado nombre lleva, maneje serruchos, cepillos, formones y garlopas.

Vino como uno de tantos, y empezó a ejercer su industria, pero no aplicándola a fabricar muebles nuevos, sino a componer los usados, y de tanto lidiar con roturas y antiguallas, le nació el amor por

todo lo viejo y derrengado, rayando esta afición en manía, a punto de que lo nuevo y flamante no tiene ya para él ningún atractivo.

Lo viejo es su fuerte, su pasión, su delirio. Lo nuevo, solo lo tolera roto. Entre una copa de cristal intacta, y otra quebrada por el pie o desportillada por la boca, opta por esta. ¿Para qué? Para nada; para guardarla, para hacer más grande el montón de los objetos inútiles, para darse el placer de ver su casa atestada desde el piso hasta los tirantes, desde el patio hasta la azotea, revuelto todo y confundido en el más espantoso desorden que pueda nadie imaginarse.

Don Manuel compra todo, aun aquello que el más avaro crea que no tiene más destino que el cajón de la basura; aunque sea un tubo de lámpara roto, que es lo que menos aplicación tiene. Pero para Tablas tiene la gran virtud de estar roto, y lo compra... para componerlo. Ese es todo su afán: componer, remendar, clavar, encolar, completar lo que no está completo, aunque sea injiriéndole una pieza de distinta materia y color.

Vive en la calle de Tacuarembó, frente al paredón de la iglesia del Cordón, y la casa reboza ya por la azotea, convertida en depósito de cien mil baratijas, hacinadas las unas sobre las otras, mezcladas, revueltas, sin que nadie, ni el mismo dueño, sepa lo que tiene allí dentro, y aunque lo sepa ¡vaya uno a dar con ello en medio de aquel revoltijo!

No hay remate en que Tablas no esté; es el comprador obligado de la tina de baño llena de cuanto trasto viejo hay en la casa: ollas desfondadas, asientos de sillas, lámparas rotas, latas, cacharros, desperdicios de todo género, y después de comprado, allá va todo al montón a aumentar el tesoro de lo viejo, en aquel museo de antiguallas descalabradas.

Y cuando no remata, se queda en su casa, donde se entretiene en varias industrias, entre las que descuella la fabricación de Cristos crucificados, hechos de no sé qué pasta. Tiene varios moldes de los tales Cristos, de diferentes tamaños, cuatro o cinco medidas, y el día que está de humor, se da a fabricar Cristos por docenas; y como no hay salida para tanto muñeco, los crucifica en la cornisa del corredor de la casa; y allí están los pobres Cristos, lavados por las lluvias, azotados por los vientos, helados por los fríos, revenidos por el calor, según llueva, o ventee, o hiele, o caliente el sol, esperando el momento en que han de ser bajados de aquella picota para quedar clavados en sus respectivas cruces, previo el retoque de pincel que marca la lanzada de Longinos y las heridas de los pies y manos.

Visitando un día el taller de don Manuel, me llamó la atención un gran montón de pequeñas cajas azules que no acertaba yo a adivinar lo que contendrían. Habría mil, dos mil, cinco mil tal vez, ¡qué se yo!

—¿Qué es ésto, don Manuel? —le pregunté todo intrigado; y él con una sonrisa, me contestó:

—Son cajitas de carmín.

—¿Y para qué tanto carmín?

—Para pintar las llagas de los Cristos —me replicó con aire muy satisfecho.

¡Horror! Había allí carmín para pintar todos los Cristos que pueda la cristiandad producir en un siglo. Y don Manuel abusaba del carmín. Se complacía en llagar los Cristos desde los pies a la cabeza, sin duda con el piadoso objeto de hacer más horrible el crimen de los bárbaros judíos que martirizaron al dulce Nazareno.

Otro día me encontré con un cuarto colmado hasta el techo de latas de fósforos, y lo peor es que el suelo estaba regado de cerillas, lo que constituía un peligro inminente. Yo no me atrevía a dar un paso temeroso de reventar un fósforo que hiciese arder la casa entera.

—Pero esto es muy peligroso —le observé.

—No hay cuidado —me contestó—; no arden—. Y para probármelo empezó a restregar fósforos contra la pared, que sólo dejaban un rastro lívido por donde habían pasado.

—Y entonces ¿para qué diablos ha comprado usted todo este cargamento de fósforos?

—Le diré a usted: ¡eran tan baratos! Figúrese usted que me cuestan a un real la gruesa...

Y esto me lo decía con la cara más complacida, como gozando con la idea de la brillante operación que había hecho para atestar toda una pieza con una mercancía de todo punto inservible.

Ya no tiene ni donde dormir, ni donde cocinar. La cocina la tiene suspendida sobre el patio, y usa como combustible castañas averiadas, todo un cargamento de castañas viejas, secas, sin una migaja de pulpa, que Tablas compró llevado de su afán de comprar todo lo que no sirve. Siquiera las castañas le han servido de combustible, y tiene allí para cocinar un año entero, en su cocina colgante, que es una constante amenaza suspendida sobre las cabezas de todos los que por debajo cruzan.

La cama en que nuestro hombre duerme está encaramada allá, en el techo, merced a una combinación de cuerdas y poleas

que la hacen subir y bajar. Al recogerse, de noche, hace descender la cama hasta una altura que le permita treparse sobre ella, y una vez metido entre las cobijas, tira de una cuerda, y se hace levantar con cama y todo hasta una vara de los tirantes, y en aquellas alturas duerme sosegadamente, libre de los ratones que tienen minado el piso, y que viven allí con toda holgura, confiados y tranquilos, comprendiendo que nadie puede darles caza en medio de aquel espantoso revoltijo. Una noche, sea que no anudase bien la cuerda suspensora, sea que el uso la hubiese ya gastado, ello es que a lo mejor del sueño despertó Tablas en medio de un terrible batacazo, y se encontró despatarrado en medio de sus cacharros, casi sepultado dentro de la tumba de latas viejas y cachivaches de todo género que él habia cavado con su propio peso, al caer desde su elevado lecho.

Jamás fueron profanados aquellos pisos ni aquellas paredes con el contacto de escobas ni plumeros. El polvo se pasea allí como rey y señor, amparando bajo su manto oscuro a todos aquellos desechos, que son como sus súbditos. Las arañas tejen de tirante a tirante caprichosas cenefas de telas, llenas de encajes y festones, y se pasean con sus largas y afiladas patas por aquellas tupidas redes, sin temor a las persecuciones del aseo.

Y en medio de todo aquel polvo, de aquellas telarañas, de aquel laberinto de objetos disparatados, preside don Manuel Fernández Tablas, atendiendo a su marchantazgo, a todas las comadres del barrio que van a vender, a comprar, o a cambiar, alerta el ojo a los muchachos que aprovechando de la confusión meten la mano para sacar lo primero con que tropiezan.

—¡Don Manuel! ¿tiene hebillas? ¿tiene botones? ¿tiene tornillos? ¿tiene lámparas? ¿tiene platos? ¿tiene salivaderas? ¿tiene cuchillos?...

Sí, don Manuel tiene de todo, pero no sabe dónde está. Es necesario que el interesado mismo se eche a buscar lo que le hace falta, y seguramente que lo encontrará, si puede llegar a registrarlo todo; porque allí no falta nada, absolutamente nada, como no faltan en el mar peces de todas las especies: el problema está en pescarlos.

Y allí se encuentra lo que en ninguna otra parte se encuentra. ¿Se le rompió a usted la hoja de un cuchillo? Pues allí hay otra que la reemplaza. ¿Se quebró, por el contrario, el mango? Pues allí está también el mango que viene bien. ¿Se ha perdido el tomo cuarto de una obra de diez volúmenes? Allí está el tomo seguramente.

Y a propósito de esto, recuerdo que hace algún tiempo llegó el primer tomo de una obra de derecho internacional editada en Paris, y poco después llegó el tercer tomo, pero por más que se reclamó y pidió, jamás apareció el segundo. Se sabía que había salido de Francia, pero no se tenía noticia de que hubiese llegado a parte ninguna.

Quiso la casualidad que un buen día fuese a lo de Tablas un caballero, llevado más por la curiosidad que por el deseo de comprar nada, y en medio de un laberinto de latas y cajones y vidrios rotos, tropezó con un libro: ¡el tomo segundo de la obra en cuestión!

—¿De dónde ha sacado usted este libro? —le preguntó el caballero.

—Lo compré en un remate —contestó Tablas. Y añadió todo compungido—: Por cierto que fue un buen clavo, porque tuve que cargar con todo el lote ¡quinientos tomos!

—¿Y los tiene usted todos?

—Casi todos; los pocos que faltan los he deshecho yo para usarlos como papel de envolver.

Y efectivamente, allí estaba toda la edición. Entrando en averiguaciones, se supo que aquellos libros habían venido en un buque que naufragó en nuestras costas, y en el remate de lo salvado, los compró Tablas, sin saber lo que compraba, tentado sólo por la baratura, como que no había quien ofreciese un centavo por quinientos tomos iguales de una obra trunca.

Y lo mismo que con el libro, es con todo lo demás. No es el caso preguntar qué es lo que hay en lo de Tablas, sino qué es lo que no hay. Si es en el ramo de ferretería, hay cuanto objeto de hierro pueda pedirse; herramientas de toda clase, pasadores de puertas, bisagras, aldabas, clavos, tornillos, grampas, pestillos, ganchos, ollas, sartenes, calderas, parrillas. Aquí, tarros de pintura; al lado, depósitos de lámparas; más allá, los pies; más lejos, las boquillas para las mechas, y allá en el fondo, los tubos, de toda forma y tamaño, rotos en su mayor parte. Para armar una lámpara completa hay que campear una por una las piezas que la forman, lo que representa el trabajo de medio día ¡y gracias!

Siquiera estuviese aquello repartido por secciones, habría por lo menos un punto de partida para empezar las exploraciones en busca de determinado objeto; pero no: allí está todo revuelto: un retrato de León XIII, al lado de una caja de conservas; una lata de aceite, junto a una jeringa; una botella de vino, vecina a un tarro de aguarrás; un zapato del pie derecho, al lado de un guante de la mano izquierda; paraguas que no se abren, y sombrillas que no se

cierran; cuchillos sin mango, y mangos sin hojas; anteojos sin vidrios por un lado, y lentes sin montajes por el otro; un tomo del Baroncito de Foblas, pegado a un catecismo del Padre Astete; una pierna de pantalón por aquí, y por allá una manga de levita; colecciones de retratos de familia, adquiridos en el remate de alguna fotografía; caños de plomo, de hierro, de barro; sopapas de bombas; bitoques y llaves de bronce; espejos de luna ondulante, en las que los objetos se retratan con formas estrambóticas; cajas de compases; botiquines sin medicamentos: estuches de cirujía con los instrumentos herrumbrados; chapas de médicos o abogados que ya se han muerto, y que por consiguiente no tienen aplicación para nada.

Esa es otra de las industrias de Tablas: hacer chapas para las puertas; pero no de bronce, ni de acero, ni de zinc, sino de la misma pasta que emplea para la fabricación de los Cristos. Recuerdo que una de las chapas que tenía hechas, era la suya propia, con todo su nombre y apellido. Era circular: en el arco superior decía Manuel; después, en el centro, a guisa de diámetro, había puesto Fernández; y por último, en el arco inferior, se leía: Tablaso.

—¿Cómo es eso, don Manuel? —le objeté—; aquí hay una o de más.

—Es cierto, pues tuve que hacerlo así porque no tomé bien las medidas, y como me quedaba la M más cerca de la T que la L de la S, le agregué esa O para igualar.

De manera que el bueno de don Manuel sacrificaba la integridad de su apellido a la simetría del letrero, sin que quiera ello decir que tenga a menos el apellido de sus padres, a quienes venera con el más sincero amor filial; y los recuerda siempre con cariño, y los socorre a menudo con abundantes remesas de dinero, como buen hijo que es.

No hace mucho tiempo quiso hacerse presente a sus ancianos padres después de algunos años de ausencia, pero como no podía abandonar sus trastos, decidió hacerse representar por medio de una tarjeta fotográfica. Mas ya que personalmente no le era posible dar a sus padres muestra de la veneración y cariño que les profesa, ideó retratarse en una actitud que tradujese sus sentimientos; y tal cual lo pensó, lo hizo, colocándose frente al aparato fotográfico de pie, la cabeza algo humillada y descubierta, el sombrero en la mano derecha, en ademán de saludar, y teniendo bajo del brazo izquierdo, como quien carga un bulto, una gran caja de cartón blanco.

De seguro que los que esto lean se preguntarán: ¿para qué diablos se retrató con aquella caja el bueno de don Manuel Fernández Tablas? Pero por mucho que lo piensen, y por más que se devanen los sesos, jamás acertarán a dar con la explicación que, por otra parte, es sencillísima. Quería, como dejo dicho, presentarse a sus padres con todo el respeto que les profesa, y temeroso sin duda de que la actitud no bastaría para testimoniar su devoción, apeló a la caja, en cuya blanca superficie escribió: "os saluda y respeta"; con lo cual aclaraba todas las dudas, y mostraba a sus ancianos padres que aquel Manuel Fernández Tablas que iba allí en efigie, sentía por ellos lo que el letrero de la caja decía.

Caso curioso: Tablas, que carga con cuanta baratija le cae a mano, no quiere cargar con una mujer; es el único trasto que desecha. Yo creo que todo el secreto está en que Cupido no se atreve a meterse en aquel laberinto en que vive don Manuel, parapetado tras de tanto cacharro y objeto descalabrado, y respirando aquel ambiente que por cierto no huele a rosas ni a jazmines. Cierto es que hay su motivo para que el perfume no sea de los más atrayentes, pues aparte de la poca ventilación y del hacinamiento de tanta cosa vieja, suele haber causas directas que sahuman el aire con emanaciones poco simpáticas.

Por ejemplo. Una de las compras de que más orondo y satisfecho estaba don Manuel, era la de una partida de conservas alimenticias acondicionadas en latas. Me estaba casualmente mostrando su brillante adquisición, que él había colocado en un estante alto, cuando ¡pum! estalló una lata, y ¡puf!, dije yo, tapándome las narices. Y todavía no repuesto del susto de la explosión, sonó otro tiro, y un nuevo hedor vino a desalojarme de la posición que había logrado ocupar, después de hacer prodigios de equilibrio para caminar sobre aquel montón de objetos desvencijados. Y ya en la puerta de la calle, pero sin atreverme todavía a aspirar, seguía oyendo las detonaciones de las latas de conservas reventadas por la fuerza de los gases desprendidos de la descomposición, como un tiroteo de fusilería cuyos proyectiles venían a herir el olfato con certera puntería.

Y a pesar de todo esto, es útil aquella casa, porque allí se encuentra lo que en ninguna otra podría hallarse, así es que en aquella puerta hay siempre un grupo que pide esto o aquello, o lo de más allá, que se adquiere por una bicoca... si es que se da con ello en medio del laberinto. Todo el Cordón conoce a don Manuel, y todo el Cordón le compra.

Pero él compra por todos, como que compra lo que no se puede vender. Un órgano que no suena, un piano sin teclado, un violín sin mango, una guitarra sin fondo. Todo eso está en el patio, que a su vez está techado con un zarzo formado con esqueletos de camas de hierro, de cuyo zarzo penden aparatos de gas descalabrados, arañas para velas ¡qué sé yo cuánta cosa vieja!

Buen hombre este don Manuel Fernández Tablas; muy bueno. Tal vez demasiado bueno. Le engañan, le roban, le pagan caridades con ingratitudes, pero no por eso deja de ser bondadoso, ni tampoco deja de comprar cuanta antigualla y rotura se le presenta. Todos los rematadores le conocen, y saben que en él han de encontrar amparo los objetos que nadie compra. Que se cayó, por ejemplo, un cajón lleno de cristalería desde un segundo piso. Pues se guarda, y se espera el día en que don Manuel ha de ir al remate. La venta es segura. Tablas es el comprador del cajón. No sabe lo que hay dentro ni en el estado en que estará, pero con todo, lo compra... por si acaso. Puede haber un pie de copa que encaje con otra a que le falte esa parte; puede haber un tapón de cristal que venga bien a una botella que tiene en su casa perdida entre el revoltijo. Puede ser que no haya nada que sirva para nada; ¡no importa! sirve para ocupar espacio, para aumentar la confusión, para ir a mezclarse en aquel antro de lo viejo y de lo roto, donde yacen confundidos los más disparatados objetos, desde el umbral de la casa hasta los pretiles de la azotea, todo apiñado, estrujado, deshecho, hecho añicos todo lo quebradizo, torcido todo lo dúctil, revenido todo lo blando, durmiendo todo bajo el manto de polvo que lo cubre, y envuelto entre los cortinados de telarañas que cuelgan desde los tirantes.

La Razón, Edición de la mañana,
17 de julio de 1884 - Págs. 1, 2 y 6.

EL CAPITAN VIRUTA

Tan popular como Bayoneta Calada en Buenos Aires, era en Montevideo el Capitán Viruta, uno de esos dementes inofensivos a quienes todos conocen, y que hacen de sus extravagancias el oficio que les permite vivir, recibiendo de unos y otros propinas que los ponen a cubierto de la miseria.

Su origen era desconocido, tanto como su nombre de pila, y como el motivo del apodo con que se le llamaba; nacido el personaje y el sobrenombre de ese vivero popular de que surgen todas estas entidades estrafalarias que se incorporan a la sociedad como parásitos, para vivir de ella, sin hacérsele gravosas, compensando las dádivas que reciben con la especialidad de sus monomanías que divierten por un rato a los que las costean.

El Capitán Viruta se hizo conocer desde muchacho por una neurosis hípica. Se creía caballo, especialmente caballo de tramway, y como tal recorría al trote distancias enormes, bañado en sudor, jadeante, resollando por las narices, los codos hundidos en los vacíos; nociones de resistencia que había adquirido en su larga práctica de correr, y que son las mismas que la ciencia aconseja para evitar la sofocación de la carrera.

Hubiera podido competir con los andarines más famosos, como Bargossi y otros, pues recorría cada día leguas y leguas, haciendo doble y triple trayecto que cada muda de caballos, siguiendo los rieles de un extremo a otro de la vía, sin descansar, impacientándose y encabritándose como un corcel brioso cada vez que el tramway se detenía para tomar un pasajero, marcando el trote sin avanzar como si estuviera sujeto por el freno, hasta que oía el campanillazo que sirve de aviso para continuar el viaje, y entonces arrancaba a la par de los caballos, sin perderlos nunca de vista, mirándolos de reojo para copiar todos sus movimientos, y redoblando la carrera cada vez que sentía el chasquido de la fusta del cochero, como si a él fuese dirigido el latigazo.

Tomaba por temporadas diferentes vías de tramway. Durante algún tiempo "fue caballo" de la Empresa del Este, corriendo todo el día desde la Aduana hasta la Estación del Cordón, sin distraerse de su tarea hípica sino para recoger, sin pararse, las piedras sueltas que encontraba en su camino, para dispararlas contra los pilluelos que salían al paso gritándole: "¡Capitán Viruta!"

El apodo era su flanco vulnerable como lo es generalmente para los que no tienen otro nombre.

El pobre loco, de suyo tan manso y tolerante, se enfurecía cada vez que se oía llamar por su apodo, y más de una pedrada certeramente dirigida ha ido a sellar los labios de los muchachos traviesos que lo perseguían gritándole, sin que esas escaramuzas callejeras lo apartasen de su ruta, trotando al compás de los cascabeles de los caballos, sin desmayar ni en las horas más sofocantes del verano, bañado en sudor desde la cabeza a los pies, humeando por las narices chatas y abiertas, como un pingo de raza, y marcando el paso con cierto garbo de potro andaluz, la barba al pecho como recogido por las riendas, y las mechas del cabello flameantes como crines.

Para comer sus mendrugos, se metía en los pesebres de las caballerizas del tramway, bebía en los abrevaderos de los caballos metiendo la boca dentro del agua, y dormía cubierto con una manta para remedar en todo a los brutos con quienes aspiraba a igualarse.

Imitaba a la perfección el toque de las cornetas con que los cocheros anuncian la llegada a cada boca-calle, reproducía el ruido de la manivela con que se aprietan los frenos que sujetan las ruedas del tramway, y se estimulaba a sí mismo en la carrera con los mismos gritos con que los cocheros azuzaban a las bestias: "¡yup! ¡yup! ¡Keik! ¡pingoooo!".

Desde tres o cuatro años atrás, el Capitán Viruta se había hecho un entusiasta admirador de las corridas de toros, y sus relaciones favoritas eran las de los toreros, con quienes se decía estrechamente emparentado. Un año fue hermano del espada Felipe García, al siguiente lo fue de Lagartija, después se emparentó con Cuatro dedos, y así, año tras año, mudaba de familia, vinculándose a la del primer espada de la cuadrilla que toreaba en la Plaza de la Unión.

En las fiestas de las romerías españolas, se presentaba Viruta vestido de corto, muy embraguetado y ceñido, contoneándose con el aire más jacarandoso de chulo, y haciéndose "er zafao", pero con tan poca gracia, que la chaquetilla le lloraba en el cuerpo, y las agudezas que intentaba le resultaban unas pamplinas rematadas. Y si a lo mejor de sus contoneos andaluces acertaba a pasar un tramway, entonces ¡adiós tierra de María Santísima! olvidaba sus posturas de jaque, empezaba a testerear, a encabritarse, a resoplar fuerte abriendo las narices, hundía los codos en los vacíos, marcaba el trote haciendo pinturas y corvetas, y arrancaba a la par de los caballos, en medio del vocerío con que los alegres romeros saludaban la aparición de aquel ser estrafalario, torero en el vestir, y en el andar caballo, una especie de centauro grotesco, mitad hombre y mitad bestia, bueno como un cuitado que era, y manso como los rocines cuyas faenas compartía.

Y este desgraciado acaba de morir violentamente, cazado a tiros como una fiera, sin más delito que su propio cretinismo que no le permitía conocer la rigidez de las ordenanzas militares, exageradas por la constante alarma en que vive el militarismo santista, siempre temeroso de un golpe de mano, como quien no tiene la conciencia tranquila.

Llegaba el desventurado Viruta tranquilamente al cuartel de Artillería, donde según parece se le alojaba, y al ¡alto! con que el centinela lo recibió, siguió avanzando sin contestar, con la serenidad de quien llega a su casa. Apareció la ronda de reserva, volvió a interpelar al "terrible asaltante" que se presentaba, solo, a tomar el cuartel en las primeras horas de la noche, y como no contestase, no se tomaron el trabajo de averiguar quien fuese, sino que sin más ni más, a boca de jarro le apuntaron; sonó un tiro, rodó por tierra un hombre, y se extinguió la vida de aquel ser inofensivo que todos conocían con el apodo de Capitán Viruta, y a quien todos querían por su bondad y la buena voluntad con que desempeñaba los servicios que se le pedían.

El nombre del Capitán Viruta está vinculado a una de las bromas pesadas con que el Dictador Latorre acostumbraba burlar a los que se le allegaban. Era por entonces el Consejero López Netto, Ministro del Brasil acreditado ante el gobierno Oriental, y aparte de las relaciones oficiales, cultivaba el Consejero estrechas amistades con el Dictador. A título de éstas, confiole un día López Netto a Latorre la noticia de que allá por la frontera riograndense se tramaban planes para derrocarlo, y el Dictador, que de nadie se confiaba, ni tenía pereza para velar por su seguridad, dando crédito a la noticia, montó a caballo, y de una sentada se recorrió las cien leguas que separan a la capital de la frontera por el lado de Yaguarón. Fue, indagó, tomó lenguas de lo que por allí ocurría, y convencido de que era falsa la noticia que lo había puesto en alarma, regresó

tan sigilosamente como había partido, cuando recién los buenos vecinos de Montevideo empezaban a sospechar de su ausencia.

De los primeros en verlo fue López Netto, y preguntándole lo que hubiese averiguado, le contestó Latorre:

—Ya no tengo cuidado, porque he tomado mis precauciones a fin de desbaratar los planes de los revolucionarios. He situado en los dos pasos estratégicos las fuerzas necesarias para dispersar en el acto cualquier intentona que quieran llevar a cabo.

—¿Y son de confianza los jefes a quienes V.E. ha confiado el mando de esas fuerzas? —preguntó con interés López Netto.

—Ya lo creo —le contestó Latorre—. He puesto allí al coronel Monga y al capitán Viruta que son de mi entera confianza, jefes guapos y prestigiosos cuyo solo nombre bastará para asustar a los revoltosos.

López Netto no objetó nada, pero le quedó dentro cierta desconfianza que le despertaron aquellos nombres tan grotescos de Monga y Viruta, a quienes nunca había oído sonar; y curioso como era por conocer todas las intimidades de aquella situación que él estudiaba con su sagacidad característica avivada por el trato que había tenido con Melgarejo y Daza en Bolivia, fue inmediatamente a casa de un distinguido personaje brasilero que por largos años residió en Montevideo, donde murió no hace mucho, y le preguntó:

—¿Usted conoce a un coronel Monga y a un Capitán Viruta de quienes acaba de hablarme Latorre con mucho elogio?

—Nunca los he oído nombrar, a pesar del largo tiempo que hace que resido aquí, pero como en este país, y especialmente en esta situación, surgen de improviso entidades salidas sabe Dios de dónde, no me extraña que haya un coronel Monga y un capitán Viruta, como hay un comandante Santos que ayer nadie conocía y que hoy es una eminencia como Jefe del 5° batallón. Pero aquí viene mi hijo que conoce a todo el mundo, y que nos dirá quienes son esos personajes.

Y dirigiéndose al hijo, que en ese momento entraba a la sala en que se encontraban los interlocutores, preguntó el personaje brasilero:

—¿Has oído hablar de un coronel Monga y de un capitán Viruta que andan por la frontera?

El hijo contestó con una carcajada, pero al ver la sorpresa que manifestaba su padre, y especialmente la que retrataba el rostro deslavado de López Netto, se repuso, y les explicó que eran dos nombres de burla: el de Monga, que servía de consonante a una

zaladuría con que se contestaba al que preguntaba ¿quién es Monga? y el de Viruta, el de un pobre loco que andaba por las calles siguiendo a los tramways.

Así se vengó Latorre del chasco que le había dado López Netto, haciéndolo galopar cien leguas para descubrir una conspiración que no existía.

Perdóneseme la reminiscencia del cuento traído a propósito de la muerte del Capitán Viruta, aquel pobre jaqui-jaco, por lo que tenía de chulo y de caballo, tan inútil como hombre que como bestia, pues ni pensaba ni tiraba; pero bueno, manso, inofensivo dentro de su locura hípica, de la que sólo despertaba para arremeter a los pilluelos que le salían al encuentro gritándole: ¡Capitán Viruta! ¡Capitán Viruta!, cuando iba en lo mejor de sus escarceos y corvetas, trotando lleno de placer al paso de las bestias, como ellas sudoroso, y como ellas empeñoso en recorrer el monótono trayecto trazado por los rieles, haciendo flamear las mechas de sus enmarañados cabellos, como los caballos hacían flotar al viento sus crines lacias.

¡Quién te había de decir, pobre Capitán Viruta, que tú, tan manso, tan pacífico, habías de ser también una de las víctimas del militarismo santista!

La Razón, año VIII - Núm. 1992
sábado 27 de junio de 1885

EL PRECEPTOR BONIFAZ, EN 1869.

JUAN MANUEL BONIFAZ

El decano de los maestros

Allá por los años 27 ó 28, desempeñaba el joven español Juan Manuel Bonifaz, el puesto de secretario particular del duque de San Carlos, a la sazón representante oficial de España cerca de la corte de Carlos X en París.

El viejo don Juan Manuel que hoy conocemos, blanco en canas y cargado de achaques, era por entonces un mozo gallardo y bien parecido, si es que no miente un retrato que de aquella época conserva, y que él muestra con no disimulada complacencia, contoneándose todavía al verse tan petimetre y espigado, correctamente vestido con un frac azul de anchas solapas y abultado cuello, como era la moda en aquel tiempo.

No hay para qué decir que el joven Bonifaz no se preocupaba por entonces de otra cosa que de gallear en los salones de la aristocracia parisiense, sin soñar siquiera que la suerte había de llevarle algún día a andar con el silabario y la aritmética a las vueltas y poniendo a prueba su paciencia contra las travesuras y bribonadas de los chicuelos.

Había cursado las letras en Madrid, completando sus estudios en París, y con esa esmerada educación, la brillante posición que ocupaba y su gallarda figura, fácil es comprender que tenía como pasarlo bien en aquella ciudad, que de antaño viene siendo foco de placeres y aventuras.

Pero quiso el destino que aquello no durase. Murió el duque de San Carlos, y aunque la duquesa quería conservar a su lado al joven secretario, creyó éste que le sería más provechoso buscarse otros horizontes, y por consejo de un su tío, canónigo por más señas, y afrancesado de llapa, como que fue de los que siguió en la emigración al postizo rey de España José Bonaparte, por mal nombre llamado Pepe Botellas, decidió Bonifaz echarse a correr tierras, como por entonces se decía, y después de titubear sobre la elección de su destino, rechazó las proposiciones que se le hacían de ir a La Habana, por temor del vómito negro, y resolvió embarcarse para Buenos Aires.

Salió de París en diligencia, único medio de trasporte terrestre que entonces se conocía, y se encontró con cuatro compañeros de viaje, jóvenes como él, y que como él hablaban en castellano, y como en viaje pronto se entabla relación, y mucho más cuando los compañeros hablan el mismo idioma en país extranjero, pronto supieron los cuatro que el quinto ocupante de la diligencia era don Juan Manuel Bonifaz, joven español, que iba a América en busca de fortuna, y él a su vez supo que iba en compañía de cuatro jóvenes argentinos, entre los cuales figuraban don Esteban Echeverría y don Ireneo Portela, que volvían a la patria después de haber completado sus estudios en la capital de Francia.

Tomaron los cinco pasajes en el Courrier des Indes, y después de una navegación de un par de meses, pisaron tierra en Buenos Aires a mediados del año 30.

Llevaba Bonifaz una pacotilla de mercaderías como base de su negocio, pero sus compañeros de viaje, más dados a las Musas que a Mercurio, le quitaron de la cabeza su propósito de comerciar y como el antiguo secretario del duque de San Carlos más tenía de literato que de mercader, poco le costó malbaratar su pacotilla para entregarse a tareas que le fuesen más agradables, sobre todo contando con la protección de personas de valía como aquéllas cuya amistad se había granjeado entre los barquinazos de la diligencia y los balances del Courrier des Indes en que cruzó el Océano.

—Y ahora ¿qué hago? —dijo Bonifaz a sus amigos una vez que hubo liquidado su mercancía.

—Dé usted lecciones, —le contestaron sus protectores.

Siguió Bonifaz el consejo, puso un aviso en el único diario que entonces veía la luz en Buenos Aires, y todo fue ponerlo y empezar a lloverle más discípulos que los que había menester para vivir y poner todavía de lado algún ahorrillo.

Bonifaz había entrado con buen pie en la antigua capital de los Virreyes. Su primer discípulo fue un hijo del general Viamonte, y esta relación, unida a las que le trajeron sus compañeros de viaje, bastaron para ponerle en auge y hacerle ser admitido en los salones de la gente de campanillas, a lo que no poco contribuían sus prendas personales, pues, además de ser bien parecido, conservaba los hábitos adquiridos en su posición diplomática, hablaba correctamente el francés, se expresaba sin embarazo en inglés, y bailaba el minuet con ajuste a las últimas reglas del entonces intrincado arte de bailar.

Insensiblemente fue Bonifaz cobrando cariño a su nueva profesión, y tan a pecho tomó la cosa, que a poco estableció un colegio al cual concurría lo más granado de la juventud porteña. Desechó la rutina de los viejos métodos, inauguró nuevos sistemas de enseñanza, y tanto y tan bien trabajó, que a los cinco años se había ganado un capitalillo decente, y una fluxión de pecho que por poco lo obliga a hacer el viaje de regreso en la barca de Caronte.

Cuadró la casualidad de que por esa época vacase la superintendencia de la escuela de Corrientes, y solicitado Bonifaz para ocuparla, no titubeó en aceptarla, sacrificando la buena posición que en Buenos Aires gozaba, como que en ello le iba el recuperar la salud que se le escapaba más de prisa de lo que él quisiera.

Fuése, pues, a Corrientes, donde fue recibido poco menos que bajo palio, y del 35 al 37, desempeñó la superintendencia de las escuelas del Estado y regenteó una de las cátedras de la Escuela Normal, hasta que la política empezó a enturbiarse de tal manera que tuvo Bonifaz por más prudente cambiar de aires, no fuera que la tormenta le cogiese en aquel despoblado.

Echando sus cuentas sobre lo que más le convendría, recordó que tenía en Méjico una prima casada con un encopetado personaje, cuyo valimiento e influencia le servirían para aumentar sus ahorros, y decidió hacer rumbo hacia aquellas regiones.

Pero no quiso hacerlo sin detenerse, siquiera fuesen quince días, en Montevideo; deseo que realizó y al cual debemos el tener desde entonces entre nosotros al hoy decano de los maestros.

De cierto que lo que menos soñaba el ex-superintendente de escuelas de Corrientes era que había de embarrancar en la opuesta orilla del río, en cuya derecha margen por primera vez desembarcara cuando de Francia vino; pero el hombre propone y las circunstancias disponen; y si bien don Juan Manuel Bonifaz se había propuesto navegar hacia el imperio de Moctezuma, dispusieron las circunstancias que había de quedarse en estas playas; y tan imperativo fue el mandato, que hace de ello la friolera de cuarenta y cinco años y ésta es la hora en que está todavía el sobrino del canónigo afrancesado por realizar el viaje que proyectó en Corrientes a fines del 37.

Ello es que a los pocos días de llegar le picó la manía de enseñar muchachos, que ya le dominaba, y sin pensarlo mucho, abrió una escuela en una casa de familia, donde sólo le alquilaban el salón pelado y mondado, sin permitirle el uso de ninguna oficina interior, de manera que tenían los muchachos que andar regando las calles vecinas cuando la necesidad les apuraba.

Un mes duró aquello; pero como era imposible continuar en tales condiciones, ni podía exigirse a los chicuelos que tuvieran cuerpo de santo, resolvióse don Juan Manuel a alquilar un edificio provisto de todos los requisitos e instaló su escuela en la antigua casa de Viana, sita en la calle de Cámaras, entre Cerrito y Piedras, precisamente en el mismo solar que hoy ocupa la espléndida casa de don Pedro Piñeyrúa.

Si mis noticias no están erradas, bautizó Bonifaz su escuela con el nombre de Colegio Oriental y empezó a enseñar muchachos con arreglo a sus métodos, que a fe son curiosos y originales, según tendrá ocasión de apreciarlo el paciente lector en el curso de este rápido bosquejo.

Empezó don Juan Manuel por reformar el alfabeto, no dando a las consonantes más que su sonido líquido, cosa punto menos que imposible de reproducir en el idioma escrito y que era el quebradero de cabeza de los chicuelos, pues no acertaban a suspirar la b, ni a soplar la f, ni a silbar la s, ni a gargarear la j, con aquella limpieza que el maestro exigía.

Considerando, después, que la forma poética es la que más fácilmente se imprime en la memoria de los niños, empezó a dictar sus textos en verso, de manera que, a poco tiempo, fue la escuela un Parnaso en el que se conjugaba, se declinaba y se sumaba en cuartetas y redondillas, que todavía recuerdan muchos que ya peinan canas, y que llevan a cuestas más de medio siglo.

Así, por ejemplo, empezaba la lección de Gramática, y al compás de un aire del Barbero de Sevilla o de la Cenerentola cantaban los niños:

Letras son los elementos
que componen una lengua
ya sea hablada o escrita.
La tabla o lista que encierra
el conjunto de las letras
se denomina alfabeto.
El alfabeto español
se compone de estas letras:
abequé, chedé, efé,
gue-hache-i, jekalélle,
mene, ñeo, pecuré,
rrese, téu, véxe, yéze.

A esto seguía una explicación, igualmente poética, del valor y sonido de cada letra, explicación que recitaba el niño a medida que

iba trazando la letra, de manera que el último rasgo coincidiese con el último verso de la quintilla, porque era en quintilla la definición como se verá por el ejemplo siguiente:

A esta letra o signo escrito, (f)
y a esta otra letra también, (F),
se les da el nombre de fe:
cada una de ellas tiene
el sonido simple fff,

como hacen los gatos cuando están enojados, agregaré yo para mejor inteligencia del lector.

Como para muestra basta un botón, creo que con lo citado hay más que suficiente para formarse una idea del método de Bonifaz.

Dedicóse con especialidad a la enseñanza de la ortografía, e hizo prolijos estudios sobre las palabras que se escriben con b y v; con c, s, y z; con LL, e y, y todas aquéllas que se prestan a confusiones.

Las reglas que formuló con ese objeto revelan una contracción admirable, a la par que una originalidad inimitable. Y como esto no es para explicado, sino para visto, ahí va un ejemplo:

Al débil bote babor
Bajó Proba Bollo Urtado,
Poza Bolsom, arrumbado,
Bala-Boba y Estribor.

¿Qué es esto? preguntará el lector. ¿Qué idioma es ése? ¿Qué pueden enseñar semejantes disparates?

Despacio, lector, despacio, y ya verás que, al darte la clave del enigma, te explicarás perfectamente lo que a primera vista encuentras oscuro y disparatado.

La cuarteta citada, aglomeración de palabras sin sentido las unas y estrafalarias las otras, encierra veinticuatro ejemplos o reglas de las palabras que deben escribirse con b, como fácilmente se ve, descomponiendo las sílabas iniciales de esas palabras que forman la cuarteta: es decir, que se escribirán con b las siguientes iniciales de palabra o la letra que inmediatamente se siga a estas iniciales:

Al, débil, bote, bab, or,
Baj, ho, proba, bollo, ur, ta, do,
Po, za, bols, om, arrumb, ado,
Bala, bob, ha, i, estri, bor.

como se verá tomando las últimas cinco iniciales correspondientes a bobo, hablar, iba, estribo, boreal.

Y el verso sigue así, hasta completar un centenar de reglas sobre las voces que han de escribirse con b.

Otro tanto es para la v, y no menos original es la forma en que Bonifaz trata de hacerla retener a sus discípulos, como lo muestra lo que sigue:

Sal Verdaven Revolfavo
Con, Veprove, Vice-Pavo,
Pol-Vertuni, Desvi, Preva,
Vari, Reves, Vare Leva.

Esta jerigonza se divide, como la anterior, en sílabas, que dan la raíz de otras tantas palabras que deben escribirse con v.

Por ahí se verá la originalidad del método de don Juan Manuel y se comprenderá cómo llegaban los discípulos a grabarse en la memoria centenares de reglas gramaticales, que de otra manera sería imposible retener.

Como ejemplo viviente del resultado de su sistema, tiene actualmente Bonifaz a su lado un rapazuelo, que pasa de los nueve y no llega a los doce, a quien ha embutido todos sus textos con la santa paciencia practicada en cincuenta y dos años de lidiar con chicuelos de toda laya.

Es el tal un vasquito, que tiene unos ojos que le bailan y que traicionan la socarronería con que pretende aparentar que no es capaz de romper un plato.

Conocíle ayer con motivo de haber ido a visitar al viejo educacionista, y en el poco rato que allí estuve, pude comprender que el vasco es capaz de concluir con los pocos pelos negros que a don Juan Manuel le quedan, si es que alguno ha escapado todavía a la tintura de los años.

Vive Bonifaz poco menos que en una bohardilla, más por excentricidad que por necesidad. El aspecto exterior de la casa es de suma pobreza, y el interior en nada desmerece de la fachada.

Se entra por un zaguán oscuro y estrecho como alma de condenado, y allá en el fondo se tropieza con una escalera un tanto desvencijada, que da acceso a la habitación del antiguo secretario del duque de San Carlos.

Dentro de la pieza reina un respetable desorden que preside Napoleón el Grande, jinete en un caballo negro y seguido de su Estado Mayor, cuyo retrato asegura Bonifaz ser el más auténtico de los conocidos, según opinión de aquel su tío, el canónigo afrancesado, que tenía entusiasmo inmenso por el Emperador.

Hasta cinco armarios conté, todos atestados de libros y papeles, y otro tanto presumo que había en la pieza siguiente, según lo que pude divisar desde mi asiento.

Poco menos de las tres serían cuando llamé a su puerta, y encontré a mi don Juan Manuel sentado frente a una mesa pequeña, atestada de platos que conservaban restos de comida.

—¿Almuerza usted —le pregunté—, o come?

—Almuerzo y como, y meriendo y ceno, me contestó el buen viejo con su tono jovial; pues ha de saber usted —agregó—, que sólo me siento a la mesa una vez al día, y a ello debo el encontrarme sano y fuerte como me ve.

Y sobre esto me expuso sus teorías, que, como todo lo suyo, no dejan de ser originalísimas.

—Ahora va usted a acompañarme a tomar una copita de licor, —me dijo.

Quise excusarle la molestia, pero él se empeñó y empezó a gritar:

—¡José! ¡José!

Fuera lo mismo llamar a un muerto. Seguía don Juan Manuel hablándome de sus mocedades, y, de cuando en cuando, se interrumpía para repetir:

—¡José! ¡José!

Pero así se cuidaba José de acudir como si con él no rezase el llamado; hasta que, cansado Bonifaz, sacó del bolsillo un pito y silbó por dos veces. Parece que aquel instrumento tenía alguna virtud, pues al momento se presentó José, saltando y triscando como un acróbata, y se plantó muy derecho esperando las órdenes de su maestro y amo.

Estaba en ese momento explicándome don Juan Manuel su sistema de ortografía, y para mostrarme prácticamente sus resultados, dijo, volviéndose a José:

—Vamos a ver, niño, ¿cómo se escribe alborada?

—Con b.

—¿Y por qué se escribe con b?

—Porque sigue inmediatamente a la inicial al.

—¿La regla?

—Al débil bote babor.

—¿Qué quiere decir: al débil bote babor?

—Que todas las palabras que empiezan con las iniciales al, débil, bote, bab, or o la letra que inmediatamente les siga, deben escribirse con b.

—Perfectamente. ¿Y qué palabra es alborada según su acento?

—Grave.

—¿Y por qué es grave?

—Porque tiene la inflexión de la voz en la penúltima sílaba.

—Hágala usted aguda.

—Alboradá.

—¿Y por qué es aguda?

—Porque tiene la inflexión de la voz en la última sílaba.

—¿Y si la tuviese en la antepenúltima?

—Sería Albórada.

—¿Y qué palabra sería entonces?

—Palabra esdrújula.

—¡Eccolo qua! ¿Por qué sería esdrújula?

. . . .

Fuera el cuento de nunca acabar reproducir aquí el interrogatorio a que don Juan Manuel sometió a su discípulo y criado.

El rapazuelo, parado a pie junto, con los brazos cruzados y entornados los ojos, respondía sin titubear a cuanto se le preguntaba. Parecía que el viejo maestro tocaba un organillo que repetía fielmente la sonata que se quería, con sólo impulsarlo a preguntas.

No sabía yo qué admirar más, si la paciencia del maestro o el memorión del discípulo, hasta que, compadecido del esfuerzo que hacía el pobre muchacho, quise cortar el interrogatorio gramatical y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Cuadróseme el chicuelo por delante, volvió a cruzar los brazos, bajó los ojos, y me contestó, por donde menos me lo esperaba, diciéndome:

José Cárcamo me llamo:
Soy de la Vizcaya oriundo,
Y he venido al Nuevo Mundo,
Al que quiero, estimo y amo.

La República Oriental
Hoy es mi patria adoptiva,
A la que mi alma afectiva,
Quiere servir muy leal.

Por elia quiero yo dar,
Mi corazón, no os asombre,
Porque soy vasco, y mi nombre
Cárcamo, por tierra y mar.

Si festejé la ocurrencia no hay para qué decirlo, y todavía no me canso de admirar la resignación del bueno de don Juan Manuel, que a sus setenta y siete agostos, y después de cincuenta y dos de estar sujeto al potro del profesorado, tiene todavía ánimo para gastar el poco de paciencia que le quedará, enseñando a aquel arrapiezo hasta a decir su nombre en verso, gracia que el muy tuno repite con marcada entonación, y echándose para atrás, sobre todo cuando dice aquello de:

Porque soy vasco, y mi nombre
Cárcamo, por tierra y mar.

¿Sabrá agradecer aquel travieso el trabajo que con él se toma el maestro que hace las veces de padre?... ¡Tal vez! Y más bien es posible que sí, porque don Juan Manuel es uno de esos hombres que tiene la rara virtud de hacerse querer de todos. Algunos miles de chicuelos han pasado por sus manos, y si bien la mayor parte, hombres ya, han olvidado los coscorrones y tirones de orejas con que algunas veces los llamaba al orden, todos recuerdan con simpatía y cariño a su antiguo maestro, el más impertérrito y constante de los que se han dedicado a la espinosa y ruda tarea de la enseñanza.

¡Y con cuánto fervor y abnegación ha llenado el viejo Bonifaz su noble sacerdocio! Él ha pasado por todas las estrecheces, ha enseñado gratuitamente cuando el Estado no tenía cómo pagarle sus honorarios, ha soportado con resignación los ataques de sus adversarios, sin que jamás haya brotado de sus labios una palabra, ni para pedir ni para censurar.

Para lo único que ha hecho valer las afecciones que le rodean, ha sido para interceder en favor de los perseguidos, cuando en la acritud de nuestras luchas civiles veía que la pasión arrastraba a los hombres a extremos inútiles.

¡Pobre buen viejo! Pocos como él logran hacer la jornada de la vida sin ver a su alrededor más que caras que le sonríen y brazos que se le abren.

Hoy ya es una reliquia por todos respetada, y en el último tercio de su vida le es dado asistir al acto de la erección de un monumento sencillo que llevará esculpido su nombre.

Mañana se inaugurará la escuela Juan Manuel Bonifaz, merecida aunque escasa recompensa para quien sacrificó todas las ambiciones y concentró todos sus esfuerzos en beneficio de la enseñanza del pueblo.

Sea este desaliñado artículo la ofrenda con que contribuyo a la consagración del monumento erigido en honor del viejo educacionista.

Noviembre 11 de 1882.

LA ESCUELA JUAN MANUEL BONIFAZ

A la una de la tarde estaba ya lleno el andén de la Estación Central del Ferro-Carril del Este. Sobre los rieles descansaba la larga fila de vagones y zorras que habían de conducir a aquella multitud hasta las cuchillas del otro lado de Toledo, en que está trazado el plantel del pueblo Joaquín Suárez, fundado por el infatigable Piria.

Dada la voz de tomar posesión de los asientos, se precipitó la multitud como una avalancha, asaltando los vagones por todos lados, a pesar de los esfuerzos de Piria para reglamentar la subida y fiscalizar a los paseantes a fin de expulsar a los que sólo van con el objeto de pasar un día de campo, sin la más remota intención de comprar ni una vara de tierra.

En pocos minutos quedó la mercancía humana estibada dentro de aquellos vehículos, y sonada la hora de partida, y dada la señal, empezó la locomotora a desentumir con pausados movimientos sus músculos de acero. Fsssch... fsssch hace el vapor escapando por entre las junturas de acero; la chimenea lanza, como disparada de un cañón, una pelota de humo, luego otra; y poco a poco, empieza a rodar el convoy, lentamente, al compás del fffp, pa, pa, pa... fffp... pa, pa, pa, con que palpitan los pistones bajo la presión del vapor.

El tren atraviesa primero una parte de la ciudad, y a su tránsito, se pueblan las dos aceras de la calle de todas las comadres y pilluelos del barrio, atraídos por los acordes de la música y el estampido de los cohetes con que Piria festeja la partida.

Después, van raleando las casas, y el tren recorre un largo trayecto franjeado a ambos lados por las sementeras de las huertas que median de Montevideo a la Unión. El panorama es magnífico. Allá atrás, el hacinamiento de casas de la ciudad, que a lo lejos parecen superpuestas unas sobre otras por las desigualdades del terreno; a la izquierda, la bahía, azul y mansa, poblada por barcos y barquichuelos de todo porte; y como guardián que a todo vigila, el Cerro, dibujando el perfil de sus empinadas laderas en el fondo azulado del horizonte.

A uno y otro lado de la vía, verdea el terreno dividido en tableros, cada uno de matiz distinto, desde el verde vivo y chillón de las lechugas, hasta el oscuro y aplomado de las coliflores. Y en medio de todo aquel verdor con que la primavera pinta los árboles y tiñe la pradera, sombrean, de trecho en trecho, como manchas negras, los retazos de tierra preparada por la prolija mano del agricultor para recibir la semilla que ha de germinar en su seno hasta convertirse en sazonado fruto.

A poco rato, vuelven a apiñarse las casas y desaparecen los sembrados. Estamos en la Unión. De un lado se ve el pueblo, dominado por la alta cúpula del mirador del Colegio; del otro se ve la Plaza de toros, como si se hubiese querido hacer resaltar el contraste entre la caridad que ampara al desvalido, y la crueldad que alimenta los instintos salvajes del hombre.

Tras la Plaza de toros se empinan las verdes lomas del Cerrito, coronada la cima con las ruinas de lo que, en otro tiempo, fue Cuartel General de los sitiadores de esta plaza.

El tren sigue su marcha dejando atrás a la Unión y sus contornos, rasando, unas veces, la llanura, dominando, otras, las hondonadas, montando sobre los altos terraplenes, o embutiéndose dentro de los paredones de la cuchilla tajada a pico para nivelar la vía.

Los horizontes se abren por los cuatro lados; dilátanse los campos, y la vista abarca una inmensa sábana tornasolada con todos los matices del verde, y sólo interrumpida por algunas casitas dispersas, que se dibujan como puntos blancos a la distancia. Hacia el oeste, la arboleda de Villa Colón forma una franja oscura, sobre la cual se destaca, afilada como un obelisco, la chimenea de la fábrica de ladrillos. Al norte, como brotando de la cresta de una loma, surgen las torres de la Iglesia de las Piedras, mientras que al sur sigue dominando el paisaje la silueta del Cerro, azulada por las brumas del horizonte.

Y la locomotora sigue culebreando por las quebradas, dejando trazada su estela en el ambiente con los blancos copos de su respiración anhelosa, que se disuelven en menuda lluvia, atravesando extensos trigales que, mecidos por la brisa, ondean como si fuesen un mar de agua verde.

Después vienen los campos incultos, la pradera natural vestida de yerbas que perfuman el aire con ese olor que no tiene símil: olor a campo, como decimos los habitantes de la ciudad, acostumbrados a respirar una atmósfera viciada por las emanaciones de los grandes centros.

Ahora es cuando está lindo el campo, cuando todavía el sol no ha dorado el pasto ni achicharrado las florecillas que lo matizan.

Por entre la apretada yerba que tapiza el terreno se distinguen, en la altura, como una botonadura de oro, las flores amarillas de la manzanilla, y en el bajo, al borde de la cañada que serpentea por entre juncos y espadañas, se ven engarzadas en el musgo, como rubíes y amatistas, las margaritas rojas y moradas que perfuman aquellos contornos con su suave olor de verbena.

Al cabo de una hora de camino, la locomotora empieza a contener la respiración, rechinan los hierros de los frenos con que se ajustan las ruedas para disminuir la velocidad, y a poco de andar se detiene el convoy frente a un elegante edificio de piedra: es la estación Joaquín Suárez.

Los vagones vomitan en el andén todo lo que traían en sus amplios vientres, y la multitud se derrama por los alrededores, en dirección a una casita pintada de azul que corona la loma.

Las calles del pueblo, en embrión, están pavimentadas con césped, lo que hace suponer que el tránsito no es por allí muy frecuente. Largas filas de banderolas delinean las manzanas, vírgenes todavía de toda vivienda, si es que no se cuentan tres o cuatro edificios modestos que rodean la estación.

Piria preside el cortejo, que marcha al son de la música en dirección a la escuela que va a inaugurarse, y los vecinos de aquellos alrededores, jinetes en sus caballos, se adelantan a la comitiva para presenciar la ceremonia.

La escuela regalada por Piria es bastante amplia y decente. Una pieza de doce varas de largo por seis de ancho, bien ventilada, el piso asfaltado, y por techo un cielo raso que oculta el tinglado. Una puerta y dos ventanas se abren al frente que da a la estación, y sobre la primera, esculpido en una chapa de mármol, se lee:

Escuela Juan Manuel Bonifaz

Presente allí la autoridad escolar, representada por el Inspector Nacional, el Departamental, y los miembros de la Comisión de Instrucción Pública, dio principio la ceremonia, entregando Piria la escritura de la propiedad y las llaves del edificio al Inspector Nacional, como donación que hacía al Estado, donación que el señor Ballesteros agradeció en breves palabras, prometiendo que una vez reabiertas las tareas escolares, después de los exámenes de fin de año, dotaría a la nueva escuela del personal y útiles necesarios para

que empezase a funcionar.

En seguida el padrino designado al efecto y de cuyo nombre no quiero acordarme, dijo cuatro palabras alusivas al acto, y concluyó bautizando a la ahijada con el nombre de Juan Manuel Bonifaz, decano de los educacionistas.

El buen viejo, que allí estaba, seguido de su José Cárcamo, especie de Lazarillo de Tormes que hace cuanta travesura puede a su amo; el buen viejo, repito, conmovido por el acto, no encontró más palabras para agradecer el homenaje que se le hacía que recitar una invocación piadosa al Señor de todo lo creado, oyéndosele con respetuoso silencio por todos los presentes.

Tras de él, trepó el arrapiezo de Cárcamo sobre una mesa, y desde allí, con el mayor desenfado, recitó el siguiente acróstico, obra de don Juan Manuel, y que dice así:

Fecundo es en recursos su talento
Redobla su entusiasmo cada día;
Anda, recorre, escribe con porfía,
No pierde en sus tareas un momento
Conocedor profundo de su gente,
Infatigable en todas sus empresas,
Sabe llevar a cabo lo que empieza;
Creará en este sitio un pueblo hermoso,
Ocambiará en miseria su riqueza.

Proteged, orientales, con empeño,
Iayudad en su empresa al sin segundo
Rematador mejor del Nuevo Mundo;
Iveréis un milagro en sus afanes
Ah, de las piedras toscas hará panes!

Tocóle el turno a Piria, y dijo... muchas cosas. Habló de Demóstenes, de los dioses de la mitología, de la civilización y de la barbarie, y, Dios me perdone y le perdone, hasta de los cuarteles habló el muy atrevido, haciendo votos por verlos convertidos en escuelas... ¡Tiene unas cosas este Piria...!

Aquello fue el punto final de la inauguración, que se selló y remojó con abundantes tragos de cerveza.

—Ahora, vamos al grano —dijo Piria, y aprovechando la reunión, empezó a preconizar las ventajas de aquella localidad como punto comercial, higiénico y de gran porvenir.

Distribuyó profusamente entre los concurrentes planos del pueblo cuyos solares iba a vender, y explicó en términos claros y convincentes las ventajas que reportarían los que comprasen terrenos en las condiciones a que él los ofrecía.

—Voy a vender los solares 7 y 8 de la manzana 45, —gritaba Piria—. Es la esquina frente a la escuela. ¡Vamos a ver! Un precio, una oferta!

—Fíjense bien, —continuaba—; es la manzana número 45. Plano en manos, caballeros.

Y los caballeros desdoblaban el plano, y parecía que se lo querían devorar con los ojos, sin poder explicarse cómo aquel tablero de damas que veían pintado en el papel, podía representar el campo que tenían por delante.

—Es una esquina magnífica, —seguía vociferando Piria desde su elevado puesto—; el que la compre, puede contar con que tiene asegurada la fortuna. Vamos a ver, tengo veinte pesos de oferta!... veinticinco!... treinta pesos!... treinta pesos!... treinta pesos!... ¿No hay quién dé más... Es una vergüenza tirar por este precio un solar tan bueno!... Vamos a ver, ¿no hay quién dé más de treinta pesos?... Treinta pesos!... treinta y uno!... y uno!.... y uno!... y dos!... Treinta y dos pesos! Adelante, caballeros! No desperdicien la pichincha de la ocasión! Treinta y dos pesos!... y tres!... y cuatro!... treinta y cuatro!... treinta y cuatro!... Vamos, no podemos perder tiempo!... tengo treinta y cinco pesos de oferta!... ¿no hay quién dé más? Treinta y cinco!... lo digo por última vez, ¿no hay quién dé más de treinta y cinco pesos?... ¡Es suyo!

Y al decir esto, apuntaba con el martillo al último postulante que se separaba del grupo para ir a firmar el boleto de compra con toda la prosopeya de quien ingresa en el respetable gremio de los propietarios.

La verdad es que, si bien Piria exageraba algo en cuanto a la importancia real de la localidad, no mentía en cuanto a ponderar las condiciones de la posición.

El pueblo Joaquín Suárez está situado a poco más de una legua del arroyo Toledo, en una altura que domina un vasto paisaje.

Al este, en un bajo, blanquea el pueblo de Pando, a una distancia de un par de leguas escasas, y allá a lo lejos, muy lejos, en el horizonte, festonean el azul del cielo los perfiles de las sierras de Maldonado y Minas, entre las cuales se destaca, como un cono aplastado en el vértice, el Pan de Azúcar, revestido de ese velo celeste desvaído en que a la distancia parecen envueltas las montañas.

Al sur, sombrean el horizonte los extensos duraznales de la

granja de don Doroteo García y los tupidos bosques de eucaliptos que la circundan.

Al norte, se extiende la campiña que muere en las lomas cuyas vertientes alimentan el arroyo del Sauce; y al oeste, ondula el terreno en verdes cuchillas, sobre las cuales, a pesar de la distancia, se destaca el Cerro de Montevideo envuelto en las azuladas brumas de la tarde.

El sol desciende entre nubes de gasa blanca que a su paso se tornasolan con los cambiantes del ópalo, y a medida que baja, va prolongando en la pradera las sombras de las matas de cardo diseminadas aquí y allá, que resaltan con su color ceniciento sobre la alfombra verde que las rodea.

Piria sigue entretanto impertérrito en sus ventas, llevando de un lado para otro la mesa que le sirve de tribuna para arengar a la multitud, pero los compradores empiezan a ralear en su torno, y, refugiados dentro de los vagones, protestan con toda la vehemencia de quién siente el estómago hueco y tiene todavía por delante una hora de camino para llegar a la mesa.

Por fin, Piria se decide a suspender la venta, y en medio del clamoreo de los viajeros, emprende el convoy el regreso.

La naturaleza se prepara a dormir en medio de una completa calma y silencio, sólo interrumpido por el silbato de la locomotora que chilla repetidamente para espantar a los animales echados sobre la vía.

El tren cruzaba por una hondonada flanqueada por dos laderas sombreadas ya por el crepúsculo, y en una de las cuales se veían algunas vacas que rumiaban tranquilamente echadas, mientras que en su torno triscaban los terneros, retozando como chiquillos. Al pasar la locomotora, las vacas se levantan pesadamente, retirándose al paso, y los terneros salen a la carrera, haciendo los asustadizos, y se detienen en la mitad de la cuesta, destacándose entre todos, sobre el fondo oscuro del terreno, un torito bragado, semejando la piel un retazo de raso negro con acuchillados blancos. Allí estaba parado con la cabeza erguida como desafiando el peligro, pero así que se aproximó el tren, dio un bufido, levantó el rabo, y arrancó a la disparada hasta llegar al lomo de la cuchilla, donde se plantó nuevamente, revolviéndose con presteza para seguir mirando al tren, que continuaba su carrera, apurándose para ganar el tiempo perdido por el tropiezo de las vacas.

La vuelta fue más rápida que la ida. Antes de llegar a la Unión, el sol nos dio las buenas noches escondiéndose detrás de Montevideo, que dejó de blanquear para quedar convertido en una masa negruzca, salpicada de un extremo a otro por las luces de los faroles.

Todo fue marcharse el sol, y empezar a brotar de entre el pasto esos chirridos indescifrables producidos por esos miles de insectos que hacen la vida de tahures, pasándose las noches en vela y los días escondidos en sus tugurios. Parece que la noche, envidiosa de los himnos con que los pájaros acogen el nuevo día, ha querido también formarse una orquesta, pero si así ha sido, es menester confesar que sus artistas desafinan de la manera más lamentable.

En el cielo, aparecen las estrellas como las luciérnagas en el suelo: brillan un momento y vuelven a apagarse como si temiesen haberse presentado antes de la hora conveniente. Sólo Venus, aprovechando los fueros que le da su próxima conjunción con el sol, se atreve a brillar como reina absoluta del firmamento.

El tren se arrastra con cautela por entre las tortuosas calles de las quintas, y con andar pausado llega, por fin, a su punto de partida. La noche se ha echado encima de la ciudad y sus contornos; el paisaje se ha borrado todo, y hasta el Cerro, que aun allá en Suárez dominaba todas las alturas, ha quedado arrasado por las tinieblas.

Pero de pronto, como queriendo mostrar que lo mismo de noche que de día vela por la ciudad que duerme a sus pies, hace relampaguear la tradicional farola, cuyos rayos se proyectan en la bahía con surcos luminosos.

Y ahora, como decía Piria, vamos al grano, porque ya es tarde y el estómago pide algo más que paisajes y rutilar de estrellas. ¡Pide comer!

Noviembre 14 de 1882

LA BASURA

No hay un grito más destemplado ni más inoportuno que el del basurero. Deja éste el carro en el extremo de la cuadra, recorre en seguida ambas aceras, golpeando con fuerza en los llamadores, y colocándose la mano en la boca, a guisa de bocina, grita en cada puerta:

—¡Sura!

Estos son los más civilizados. Los otros dan un grito cavernoso, ininteligible, algo como un rugido que penetra por el zaguán, retumba en los patios y va a morir allá en la cocina, en uno de cuyos rincones yace por lo general el cajón de la basura, parecido al féretro de los hospitales, que sirve para transportar los muertos de hoy y vuelve en seguida para llevar los de mañana.Las casas acomodadas tienen generalmente un cajón reforzado, presentable, hasta decente si se quiere, si es que cabe decencia en un receptáculo de basuras; pero los cacharros más en boga para ese uso son las latas de kerosene, los tachos desvencijados, que se ven todas las mañanas en el borde de las aceras, listos para recibir la visita del basurero, atestados de toda clase de desperdicios: trapos, papeles, legumbres, huesos y todas las inmundicias que la prolija escoba se entretiene en recoger durante el día, desde la sala hasta el último rincón de la casa.

En el cajón de la basura puede estudiarse la vida íntima de cada familia: lo que come, lo que gasta, lo que despilfarra, lo que ahorra, lo que trabaja y lo que viste. Es como el índice de la vida interior, el sumario de lo que ayer se hizo, el libro diario de la casa. Si los basureros fuesen observadores, acabarían por conocer a fondo a todos los habitantes de la ciudad, interiorizándose en sus usos, en sus vicios o en sus virtudes, con sólo prestar un poco de atención a lo que sale de cada cajón de basuras al vaciarlo en sus carros.

Hasta las diez de la mañana se ven por las calles, alineados en el cordón de las aceras, los cajones de la basura, humeando los vapores de la fermentación, que se elabora dentro de sus vientres inmundos.

Los primeros que registran las basuras son los perros callejeros, esos pobres perros que no tienen amo, perros anónimos, comprendidos bajo la denominación genérica de pichichos, chupados de verijas, con el cuero sobre las costillas, las patas flojas, la cola embarrada, que van de un cajón a otro a caza de gangas, mirando recelosos a todos los que pasan, como temiendo que cada uno sea el dueño de lo que ellos van a tomar, soportando con resignación los reconocimientos insolentes de los mastines de casa rica, y hasta huyendo ante los ladridos de los falderillos; ¡tan cierto es que la miseria acobarda aun a los más fuertes!

El perro callejero conoce al basurero y le teme. Por eso va siempre delante de él, a una distancia prudente, para huir a tiempo antes de que le alcance el zurriagazo que a cada instante le amenaza, cuando no temeroso del perro del basurero, que va debajo del carro, como custodiando la mercancía de su patrón.

Sin saber a que atribuirlo, he notado que la mayor parte de los basureros son cojos, derrengados, chuecos, y si no lo son, lo parecen. Ellos tienen su sastrería en el carro; sus trajes son siempre abigarrados, remendados con retazos desiguales en calidad y en colór; en la cabeza sombreros contrahechos, sin alas unos, y con la copa espanzurrada otros; en los pies, desparejo el calzado, una bota en el izquierdo y un zapato en el derecho, uno de charol y el otro de becerro, prendas todas encontradas al vaciar el cajón. Cuando logra dar con un par completo, lo cuelga en la trasera del carro, y los sombreros que halla los ensarta en las estacas.

El basurero va siempre provisto de una lata y de una bolsa. En ésta echa todas las hojas de coles, de repollos, de lechugas y coliflores, los pedazos de pan y los manojos de pajas que encuentra entre las basuras, destinado todo al alimento de sus mulas, esas mulas héticas, descoloridas, clásicas, de los carros basureros, que se paran cada diez varas para dar tiempo a que el amo vacíe los cajones, entreteniendo sus ocios en recoger con la jeta estirada las hebras de paja dispersa en el empedrado, hasta que el basurero, habiendo cargado todo lo que quedaba atrás, las hace andar de nuevo con un "¡arre china!" acompañado de un planchazo en la escuálida anca dado con la pala que le sirve para recoger los restos que caen a la calle.

La lata le sirve al basurero para acarrear la basura de adentro de algunas casas que, por no tener servicio o por rubor de exhibir sus desperdicios, pagan una propina para que los saquen. Y así, de cuadra en cuadra, se va llenando el carro, hasta quedar atestado.

El basurero trepa entonces sobre aquel hacinamiento de inmundicias, las aplasta con los pies, las comprime, hasta que reduce su volumen para seguir echando un cajón tras otro, sin apartar nada más que las escobas y plumeros viejos, que entierra por el mango entre los despojos de sus propias víctimas.

Cuando ya no cabe más, el basurero lleva el carro hasta la estación del tranvía a los Pocitos, y allí descarga todo el contenido en unas grandes zorras, que más tarde transportan aquella mercancía putrefacta al gran depósito situado allá, en las afueras, a orillas del mar, a espaldas del Cementerio del Buceo.

¿Qué se hace del contenido de los setenta carros de basura que día a día salen de Montevideo? Confieso que nunca se me había ocurrido averiguarlo, pero, curioso como soy por instinto, se me ocurrió ayer saber qué se hacía de lo que la ciudad desperdicia, y sin darme largas para salir de la curiosidad, ayer mismo tomé el tranvía y me fuí al paraje en que se deposita la inmundicia.

El día era espléndido, había polvo de oro en la atmósfera. El mar parecía un pedazo del manto azul del cielo echado sobre la tierra; los médanos blancos de los Pocitos brillaban como si sus arenas estuviesen sembradas de pequeños prismas de cristal. Una alfombra tupida de trébol vestía todos los potreros, y las vacas, indolentemente echadas, rumiaban aquella yerba, con los ojos entornados, como si les lastimase el exceso de luz que doraba todo el paisaje.

El tranvía me dejó en la puerta del Cementerio del Buceo, cuya soberbia entrada contemplé por algún rato, extasiado ante la lozanía de aquellos pinos que franjean su gran calle central, y el apacible silencio que reina en aquel recinto, poblado por miles de habitantes que no hablan, ni ríen, ni lloran, ocupados todos en nutrir a la tierra con su savia, devolviéndole así el capital con que se alimentaron mientras vivían. Perdonará el lector que pase de largo por el Cementerio del Buceo, porque si entro no tendré tiempo de llegar a las basuras.

Seguí, pues, todo a lo largo de la tapia, recorriendo un trecho de unas tres cuadras, y al llegar a la esquina... ¡horror! me encontré en el reino de la inmundicia, vasto, hediondo, con montañas de desperdicios y abismos de porquería, flotando sobre toda la superficie una atmósfera de vapores agrios que temblaban a la luz del sol con reverberaciones que mareaban la vista. Y en medio de toda aquella inmundicia, como dueños absolutos de aquellos pestilentes dominios, centenares de cerdos, gordos, ufanos, orgullosos de verse enseñoreados de tanta porquería, en la cual se revolcaban y

hozaban con sus prolongados hocicos, como gozándose en revolver la podredumbre.

Y junto con los cerdos, hombres, hozando como los cerdos entre la basura, disputándose con ellos las piltrafas. Nada se desperdicia allí; todo se clasifica y colecciona separadamente: aquí los huesos, allí los vidrios, allá los trapos, más lejos, las latas, acullá los cueros, todo prolijamente entresacado de la basura que diariamente arroja la ciudad como inútil desperdicio.

Las sobras de Montevideo dan todavía pie para una industria, una industria productiva, que proporciona trabajo a centenares de brazos y alimento a numerosas familias, amén de la manutención que aprovecha a un millar de respetables y suculentos cerdos.

Yo creía haber visto chanchos, muchos chanchos, en mi reciente excursión a La Extremeña, de que ya di cuenta a mis lectores, pero declaro que aquello no da una idea de lo que son esos interesantes animalitos. Aquellos cerdos duermen en chiqueros aseados, comen maíz en limpios pesebres, y retozan en potreros pastosos. Son chanchos acicalados, lavados y peinados, despoetizados por la higiene. Estos otros que ayer vi son los chanchos verdaderos, al natural, sin hoja de higuera, sucios desde el hocico hasta el rabo, comiendo entre la inmundicia, bebiendo entre el fango, durmiendo entre la porquería, enamorándose en medio del hedor punzante que brota de aquella fermentación pútrida, alimentada día a día con nuevos elementos de corrupción.

Es de verlos, echados al sol, con sus enormes panzas enterradas en un barro negro, espeso, mefítico, dilatados los agujeros del hocico como para aspirar todas las emanaciones que se desprenden del inmundo lecho en que tan a su placer yacen. Allí, entre la porquería, están en su elemento, como el pez en el agua, gruñendo de placer, retozando con voluptuosidad allí donde es más espesa y hedionda la inmundicia.

A pesar de la repugnancia que aquello me infundía, quise verlo todo, pues ya que en ello estaba no era cosa de dejarlo a medio camino, y eché a andar, atravesando de un extremo a otro el país de la basura. A medida que me iba internando, el hedor se hacía más agrio y la atmósfera más pesada. Millones de moscas zumbaban entre la podredumbre, revoloteando con sus alas transparentes, persiguiéndose unas a otras, alegres y retozonas, a la luz del sol, que las calentaba y activaba al mismo tiempo la fermentación en que ellas encuentran su alimento.

Al extremo del basurero, el terreno declina rápidamente hacia

la playa, y en ese declive está instalada la grasería, en cuyas tinas se echan todos los huesos para sacarles la grasa que conservan adherida; restos de pucheros y asados, caparazones de aves, huesos de jamón, todos los desperdicios de las cocinas, sometidos a la acción del digeridor que les extrae la última partícula grasienta que les queda. Y al lado de la grasería, y en los declives, y en la playa, cerdos y más cerdos, y siempre cerdos por donde quiera que se mire, comiendo unos, tendidos a la bartola otros, gruñendo todos, al verme, como enojados de que pisase sus dominios una persona cuyo aseo era una profanación a la inmundicia en que vivían tranquilos y felices.

Desde aquella pendiente en que está situada la grasería, se divisa un paisaje amplio, monótono, pero con esa monotonía grandiosa del mar que se junta allá en el horizonte con el cielo, confundiendo ambos sus colores. La brisa no tenía fuerzas para rizar siquiera la límpida superficie del agua, y sólo junto a la playa el vaivén de las corrientes enrulaba esas olas largas y mansas que mueren sobre la orilla convertidas en espumas. A lo lejos, al este, blanqueaba el caserío de la isla de Flores, flotando al parecer en el aire, entre las brumas azuladas que nacían del mar.

En torno todo era arena, festoneada la costa con graciosas curvas, terminadas en promontorios que se internaban en el agua. Al pie de la grasería revoloteaba una bandada de gaviotas, pescando a picotazos los pejerreyes y roncaderas que acuden a comer los desperdicios que vomita en el mar el caño de la fábrica. Al otro lado, por sobre las tapias del cementerio, asomaban los penachos verdes de los pinos y casuarinas; y por detrás de mí, la basura, con sus emanaciones fétidas, con sus cerdos, con sus millares de ratas hambrientas y chillonas, anidadas en las mismas entrañas de aquella montaña de inmundicias.

Aquí, un montón de frascos, predominando los de Tónico Oriental, el bombástico regenerador del cabello de Lanman y Kemp; allá, una pirámide de botellas; y más lejos un hacinamiento de vidrios rotos, destinados a pasar nuevamente por el soplete para salir convertidos en objetos útiles.

En una inmensa lata yacen en revuelta confusión cachivaches de bronce, cobre, y plomo: pestillos de puertas, llamadores, boquillas de lámparas, aparatos de gas hechos pedazos, bitoques, trozos de cañería y otras mil baratijas. En sitio aparte están los fierros: llaves, clavos, tuercas, pasadores de puertas, cerraduras desvencijadas, cien zarandajas más que no admiten clasificación. Más allá,

el zinc y la hojalata: pedazos de planchas para techo, cajas de conservas, latas de aceite, tarros de pintura y barnices, y todas cuantas clases de envases de lata se fabrican, todo abollado, hundido y agujereado.

En un campo vecino se secan al sol grandes montones de trapos: recortes de terciopelo y retazos de zarazas, pingajos de raso, tiras de gro, andrajos de lana, de algodón, de hilo, todo revuelto y confundido, destinado a la exportación para Europa, en cuyas fábricas se convierten todos esos desperdicios inmundos en hojas de papel satinadas, guardadoras de secretos amorosos, mensajeras de tristes o risueñas nuevas, condenadas, después de haber llenado su misión, a volver al cajón de la basura para ser nuevamente pisoteadas por cerdos, realizándose en ellas la sentencia bíblica que condena al hombre a volver al polvo de donde salió.

Si yo tradujera aquí lo que cada uno de aquellos pedazos de trapo hablaba a mi imaginación, tendría para tejer más de una historia, pero, feliz o desgraciadamente, no me da a mí por tales fantasías, así que, sin preocuparme mucho ni poco de lo que decían aquellos restos de atavíos femeniles, emprendí la retirada, abriéndome camino por entre la muchedumbre de cerdos que poblaba aquella inmunda comarca, laboratorio inmenso en que fermentan las sobras de la ciudad, con desprendimientos de gases hediondos, en cuyo ambiente pululan todos los repugnantes engendros de la podredumbre.

Cuando salvé los límites del reino de la inmundicia, dirigí una última mirada para abarcar en conjunto los detalles que dejo narrados.

No vi más que cerdos, muchos cerdos, revueltos con una veintena de hombres, disputándose unos y otros las piltrafas que desenterraban, unos con sus garfios de fierro, y los otros con sus hocicos puntiagudos.

Por todas partes, basura y más basura y allá en el fondo de un barranco profundo, un haz de luz clara, viva, con una aureola dorada como un inmenso brillante engastado entre la inmundicia. Era una lata de conservas en cuya pulida lámina se estrellaba un rayo de sol rompiéndose en menudísimas hebras de oro, como se rompe en hilachas de plata un chorro de agua al caer sobre el enlosado.

Agosto 1° de 1883

MISERICORDIA CAMPANA

Todo Montevideo le conoce; como que ha sido el hombre que más ruido ha metido en cuarenta años, largos de talle, desde el puesto que ocupaba, el más elevado, sin duda, de los que puedan ocuparse en esta famosa ciudad de San Felipe y Santiago.

Nadie que no le conozca podría decir que aquel moreno patizambo y contrahecho ha sido, y es, la personalidad más sonada y repicada de las que han pasado por el escenario de la vida pública, y ninguna tan pública como la suya, pues la ha exhibido a los cuatro vientos y en paraje donde no podía ocultarse a los ojos de cuantos quisieran curiosear todos sus movimientos.

Más que arduo de resolver es el problema de saber si Misericordia, como el resto de los mortales, pasó por las estaciones de la vida precursoras de la vejez, pues ni los más empolvados archivos, ni los más antiguos cronistas hacen memoria de que alguna vez fuese mozo el hoy decano de los sacristanes.

Según él, nació en Pernambuco, de vientre libre, y se crió en el convento de San Francisco, donde dice que recibió su educación, que debió ser escasa y mezquina, pues el hecho es que el discípulo de los Reverendos Franciscanos jamás conoció la O por redonda, ni para leída ni escrita, por donde se verá que, o era el alumno más torpe, o se cuidaban más los maestros de sus refectorios y aleluyas que de hacer silabear al negrillo.

Pero, como no era cosa de mantenerle para que creciese holgazaneando, determinaron los Reverendos ponerle al servicio de la santa casa, y le destinaron al campanario, donde bajo la dirección de un consumado maestro empezó nuestro Misericordia a menear badajos a más y mejor, hasta que llegó a ser un verdadero artista en todo lo que al arte campanólogo concierne.

Qué motivos tuvieron los Reverendos Pernambucanos para deshacerse del negrito Ambrosio, que así se llamaba, es cosa que nadie sabe, pero parece que fue por algo que él no quiere acordarse, como no quería Cervantes recordar el nombre del lugar de la Mancha en que nació el héroe de su libro.

Ello es que un buen día le embarcaron en un bergantín que levaba anclas para el Plata, y otro mejor llegó a estas playas, sin más bagaje que su habilidad, que no fue poco, pues ella le libró de montar guardias y entrometerse en otras pellejerías que eran por entonces el pan de cada día, como que fue en los primeros tiempos del Sitio Grande, en que la línea era todo el día un pororó desde el mirador de Suárez hasta el de Pereyra.

Tampoco recuerda Misericordia cómo vino a caer bajo la dependencia del presbítero don José Benito Lamas, Cura de la Matriz a la sazón, pero él asegura que durante su curato fue cuando hizo oír por primera vez sus dobles y repiques aprendidos en el Convento de San Francisco, en Pernambuco.

Dice Misericordia que cuando llegó tenía 22 años, y que hoy tiene 90, pero es fuera de duda que esa cabeza no anda bien, pues la suma de los veintidós con los cuarenta que van corridos desde el comienzo de la Guerra Grande, daría apenas un total de 64 años; edad a todas luces apócrifa e inadmisible: de donde se desprende que tenía más cuando vino, o que llegó mucho antes de que don Manuel Oribe despertase a los azorados habitantes de esta ciudad con aquellos 21 cañonazos con que inauguró el sitio.

Sea de ello lo que fuere, el hecho incuestionable es que Misericordia, si no ha llegado al siglo, raspando le anda, como lo atestiguan sus achaques y sus canas que, por un fenómeno inexplicable, no son blancas como las de la generalidad de los mortales, sino verdosas, tinte que él atribuye al uso y abuso que ha hecho de la yerba mate, lo cual puede servir de base a la ciencia para investigar si efectivamente puede influir el cimarrón en el color del cabello.

Ahí está el fenómeno y todos pueden comprobarlo para que no se diga que miento. Juzgándole por el pelo, puede decirse de Misericordia que está ahora en sus verdes años. Contra él se estrellan y desbaratan todas las metáforas y circunloquios con que la imaginación ha querido poetizar los destrozos del tiempo. La nieve de los años, la escarcha de la vejez, y todos los símiles de ese género, rebotan en la cabeza de Misericordia como contra una valla insuperable. Habría que apelar a la metáfora vegetal para hablar con propiedad de las canas del buen moreno.

Su nombre primitivo de Ambrosio es desconocido para la generalidad. El apodo de Misericordia le viene de su invariable costumbre de saludar a todo el mundo, diciendo en su media lengua:

—¡Misericordia, señó!

Debe este negro tener larga historia, y su memoria debería

ser un depósito inagotable de anécdotas e incidentes curiosos, pero, desgraciadamente para mí, ha caído en mis manos cuando ya los años le han tapiado los oídos y perturbado los recuerdos a tal punto que es necesario valerse más de la mímica que de la palabra para despertarle las ideas.

Pero todo lo que tiene de lerdo y apagado para contestar a lo que se le pregunta, tiene de listo y despierto para hablar de sus campanas. Se le avivan los ojos, se le dilatan las narices, se vuelve ágil y se relame con placer cuando cuenta la manera como debe repicarse en tal o cual solemnidad.

En el continuo trato con las campanas ha llegado a considerarlas como seres que viven y hablan, y sus metálicos ecos los ha traducido al lenguaje común, creyendo de buena fe que los bronces dicen aquello que él se ha forjado a fuerza de oírlos.

Las grandes festividades de la Iglesia las solemniza Misericordia con el repique que el llama de San José, y cuyo compás lleva bailando a saltos, mientras que con las manos agita los badajos, y canta al mismo tiempo: "¡San José —cabeza me duele! ¡San José —cabeza me duele! ¡San José —cabeza me duele!"

¡Es de verle, tocando este repique en seco! Salta y gesticula como si estuviese en el campanario, imita el sonido de todas las campanas, y traduce los sonidos, explicando que, mientras la mayor dice con sus notas graves: "¡San José!" la chica, con su vocecilla aguda repite: "Cabeza me duele — cabeza me duele!".

Otras veces, cuando se trata de funciones de media gala, dice él que toca el repique del vintén, que es mucho menos complicado que el de San José.

"'¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén!" dicen las campanas con invariable monotonía, sólo interrumpida por algún floreo que de cuando en cuando se permite el artista para mostrar su habilidad, que es consumada, pues se jacta de haber aprendido, en una sola lección que le dio un correntino, el repique llamado la garúa y que lo explica cantando:

chachachán, —chachá, —chachancha
chachachán, —chachá, —chachancha

sin haber logrado todavía traducir al lenguaje común lo que la tal garúa dice.

Otra de las particularidades de su vida, que Misericordia oculta, es el motivo de su retiro de la Matriz, en cuyo campanario ejer-

citó por más de treinta años los toques que aprendiera de su maestro pernambucano. Allí repicó él mucho antes de ser revocada la iglesia, cuando cada uno de los agujeros abiertos para colocar los andamios era una guarida de aquellas lechuzas y murciélagos que salían entre dos luces a revolotear en torno de las torres y que después de Animas empezaban a chistar a los transeúntes con ese fatídico sssch que, según las viejas, es pronóstico de muerte.

Dicen las malas lenguas que la causa de la despedida del moreno fue el haberse permitido dar un baile a son de órgano en el pequeño vestíbulo de la escalera que conduce al campanario. Otros dicen que fue su amor a San Francisco, bajo cuya educación se había criado, el que le llevó al nuevo Templo de aquel Santo; pero, ya sea lo uno o lo otro, ello es que algo debe haber en la cosa, porque Misericordia se expresa en términos que llegan hasta el descomedimiento cuando habla de su antigua iglesia.

Por de pronto, tiene el más profundo desprecio hacia los actuales campaneros de la Matriz.

"Esho napolitano tompeta", dice él con su lengua de trapo, "que no she ocupa ma que de ganá vintene, y que rompe una campana cada shemana".

Esto de las roturas, sobre todo, le indigna. Según él, en todo el tiempo que estuvo en la Matriz, las campanas no han tenido ni un dolor de cabeza por culpa suya: "Ninguna ha fallecido en mis manos" —, decía el moreno con orgullo siempre con su tema de considerar a los bronces como seres vivientes.

—Yo subo al campanario un cuarto de hora antes de empezar el repique, me decía muy serio, preparo mi instrumento y en cuanto suena la hora, ya empiezo, dele que dele, y toco como es de regla; no como esos napolitanos, que hacen lo que les parece. Hoy (era sábado), cuando yo recién estaba en el segundo repique, ya ellos habían tocado el tercero. Y al decir esto hacía una mueca despreciativa como diciéndome: "Vea usted que diferencia va de mí a ellos".

Y siguiendo en sus explicaciones, me decía que cuando se ha repicado un rato, no se puede tocar la campana ni con la punta del dedo, porque como está caliente, la menor impresión de frío puede hacerla estallar. ¡Y con qué gravedad hace Misericordia estas explicaciones! Parece que en ese momento desempeña el profesorado en materia campanóloga, tal es la gravedad y prosopopeya con que se expresa.

Ahí donde ustedes le ven, tan negro y tan feo, han de saber que ha tenido sus devaneos amorosos y hasta llegó a uncirse al yugo del

Himeneo, sujeto al cual vivió por espacio de veinte y más años, hasta que la Parca le libertó de la coyunda. Pero no por eso escarmentó el moreno, y volvió a las andadas, sólo que como era tan baqueano en la iglesia, se casó por los fondos, tal vez para probar si el matrimonio contraído por detrás de la iglesia daba mejores frutos que el celebrado por delante.

De los vástagos que tuvo, ninguno hizo huesos viejos, y a los dos les acompañó hasta la tumba desde su campanario con fúnebres dobles, que traducían el dolor del pobre moreno según eran de melancólicos y descompasados. Nunca tocó sus campanas con más tristeza ni fervor.

Años atrás, desempeñaba en la Matriz múltiples ocupaciones. En los momentos que le dejaba libre el campanario, desde la misa de alba hasta el toque de Animas, se ocupaba del aseo de la iglesia. El sacudía con mucho cuidado las venerables imágenes de San Felipe y San Luis: arreglaba los pliegues del manto de la Serenísima Virgen; le peinaba la lana al perro de San Roque; acomodaba convenientemente la florida vara de San José; y de cuando en cuando sacaba a ventilar el asno, la vaca, las ovejas y los pastores con que armaba el retablo y el nacimiento de la Pascua de Natividad.

Pero donde se esmeraba y ponía toda su prolijidad era en el altar de San Benito, representante de su raza en los dominios del Reino Celestial. Allí era el tener siempre los floreros adornados, y el no faltar una vela, y el cuidar del paño del altar como si de finísimo oro fuese tejido, y el atender a que todo estuviese reluciente y primoroso.

Más de uno y más de dos de los reales con que las devotas le compensaban el cuidado de sus sillas, los aplicaba al adorno de su altar favorito, y era su mayor gloria poder obsequiar a su santo con un ramo de perfumadas azucenas y adornar los floreros con los mazos de alhucema con que contribuían los viejos negros que a la puerta del Mercado se ocupaban de la venta de raíces y yuyos medicinales.

De la noche a la mañana se hizo Misericordia el héroe obligado de todas las funciones titiritescas. Tamaño desacato le puso fuera de sí en los primeros tiempos, y más de uno de los perros que furtivamente se metían dentro de la iglesia sintió los efectos de la sobreexcitación en que vivía el buen moreno desde que se vio arrastrado de las alturas del campanario al tablado de un mal teatro de títeres.

Misericordia Campana, campanero de la torre de la Matriz,

que así se llamaba el muñeco, era un verdadero héroe en todos los dramas y tragedias en que tomaba parte. El desfacía agravios, protegía doncellas y viudas desamparadas, enderezaba entuertos, y siempre con tan buena suerte y fortuna que, a diferencia del Manchego Hidalgo, que allí donde se metía salía con algún diente de menos o algún tolondrón de más, no metía el negro la pata en ninguna aventura que no saliera de ella triunfante e ileso, más que fuesen los ejércitos de Xerjes los que por delante se le pusiesen. Todo era entrar en combate Misericordia, sin más arma que su cabeza, pues de "capoeira" hería, y dejar el tendal de muñecos descalabrados, con gran aplauso de los chiquillos y niñeras, que a boca abierta y a moco tendido ponían sus cinco sentidos en las hazañas del negro, quedando con el corazón en un hilo mientras se revolvía a cabezazos entre los malandrines y jayanes que lo cercaban, hasta que la caída del último follón les devolvía la tranquilidad, viendo a su héroe quedar dueño del campo de batalla, sano y salvo.

Pero, Misericordia en los títeres, no es asunto para tratarlo así de paso, y no he de tardar en escribir el capítulo aparte que merece, si es que alguna mejor cortada pluma no me releva de tan ardua tarea.

Y dejando el muñeco y volviendo a mi negro, ahí le tienen ustedes, apenas bosquejado en las carillas que llevo escritas, culpa, no de él, sino mía, que no supe trazarle en todos sus perfiles.

Quien quiere verle, no tiene más trabajo que ir a San Francisco, en cuyo campanario luce hoy todavía las habilidades que aprendió en el Convento de los Reverendos Franciscos Pernambucanos, bailando al compás de sus repiques al son de

¡San José—cabeza me duele!
!San José—cabeza me duele!

en las grandes festividades que solemniza la Iglesia, o repitiendo con sus badajos en las fiestas de menor cuantía, el

¡Manuel Vintén!
¡Manuel Vintén!

que según él, dicen las campanas con su metálica lengua.

Noviembre 21 de 1882

EL PATIO DE "EL NACIONAL"

De dónde salen, dónde viven, dónde comen, dónde duermen esos centenares de muchachos de todos tipos y de todas edades, que desde las primeras horas de la mañana acampan en el patio de esta imprenta, y lo convierten en teatro de sus truhanerías, de sus burlas, de sus juegos y de sus riñas?

Ellos mismos, tal vez, no lo saben. Duermen donde la noche les toma, después de sus mercantiles correrías para vender el diario; comen lo que la casualidad les depara, si no tienen con qué comprar un pan y alguna golosina; visten las ropas más remendadas y se cubren con los más estrafalarios sombreros, cuya pristina forma y color han deshecho y borrado el sol, el polvo y la lluvia de dos veranos y de dos inviernos, cuando no el volar de mano en mano a guisa de pelota con gran contento del dueño, que lejos de enfadarse, toma parte de la jarana y ayuda a zarandear su manoseada prenda, que al cabo de voltear por los aires como el manteado escudero de la venta, va a caer sobre la cabeza a cuyo servicio está, ajada, marchita, fatigada y con una arruga más, que precipita su ya avanzada vejez.

Es de verlos a todos ellos, reunidos en torno del que tuvo la dicha de ir al Circo anoche, oyendo boquiabiertos y con cara de envidia la enumeración de las gracias del payaso, la narración de los ejercicios del doble trapecio, de los equilibrios de la cuerda floja, de los desgoznamientos del hombre de goma que toma con los labios la moneda colocada entre sus pies, haciéndose un arco, de los saltos mortales, de los aros forrados de papel que la amazona hiende lanzando el caballo a gran carrera, y de todas las suertes, en fin, que constituyen el programa de un espectáculo acrobático.

Pero donde el interés del auditorio aumenta y la mímica del narrador redobla, es cuando llega a la descripción de la lucha descomunal de los atletas Raffetto y Bartoletti, los héroes del día, que andan en boca de los viejos, cuyo nombre repiten los niños, envidiados por los changadores, adorados en silencio por todas las fornidas maritornes que se deleitan en la contemplación de su recia musculatura, admirados por los carreros y carniceros, y aplaudidos por los incautos concurrentes que toman por lo serio estos retos lanzados a manera de anzuelo en la corriente de la pública credulidad, para pescar a los que no aciertan a ver el garfio oculto tras del cebo.

Allí es el disputar y el argumentar sobre cual de los dos tiene más habilidad, más maña, dicen ellos, o más fuerza. Divídese el auditorio en dos campos. Capuletos y montescos defienden a capa y espada a sus respectivos campeones. Los raffetistas acusan a Bartoletti de usar de artimañas y de ardides para evitar la caída, pero los contrarios acumulan a su vez a Raffetto el valerse de zancadillas y el untarse con aceite el cuerpo para que su adversario no pueda tomarle con fijeza.

Y la discusión aumenta, y el entusiasmo crece, y de la defensa del atleta se pasa al denuesto contra el defensor; la voz degenera en grito, el ademán se hace amenazador, los ojos chispean de cólera, y al fin la disputa se resuelve en una lucha librada entre los dos jefes de cada pandilla, como hacían los caballeros antiguos para decidir la suerte de una batalla.

Generalmente la contienda no llega a su término, por la extemporánea e inoportuna intervención de un vigilante, que sin respetos ni miramientos por horacios ni curiacios, arremete con todos ellos, los dispersa, y la más veces no consigue hacer presa de ninguno, pues se le escapan, se le filtran por entre las manos, haciéndose impalpables e invisibles como esos fuegos fatuos que a lo lejos se ven vagar sobre las osamentas en el campo, y que desaparecen al acercarse a la causa que los engendra.

El patio queda desierto; sólo en un rincón se ve al viejo vendedor de roscas con grasa y masas de indefinida e indefinible confección, sentado junto a su mercancía, enarbolado el garrote para ahuyentar tentaciones, testigo mudo e impasible de aquellas disputas y riñas que en su derredor se originan, sin variar de postura más que para proteger con su cuerpo el canasto de sus mazapanes contra las peripecias inesperadas de la lucha.

A los cinco minutos ya está reinstalado el cónclave. Se ve a los dispersos aparecer uno a uno, asomando la cabeza por detrás de las puertas, surgiendo otros de debajo de un cajón, entrando los demás de la calle con paso desconfiado y tácito, como esos roedores nocturnos que con recatado y avizor andar salen de los albañales y brotan de entre las grietas del empedrado en busca de los desperdicios y

mendrugos que a la calle arrojan los vecinos.

A la cabeza de todos ellos viene Andina, el célebre Andina, jefe y capataz de todos los pilluelos, decano del honrado y socorrido gremio de vendedores de diarios y periódicos. A una voz de mando todos callan, y Andina les espeta un discurso ininteligible, pronunciado con medias palabras que no acierta a redondear con su lengua de trapo viejo. Y es tal el espíritu de disciplina de la pandilla, y tal el prestigio de su jefe, que basta que Andina se tire a muerto, para que todos en su torno caigan al suelo y no se levanten hasta que aquél lo haga.

A su lado está el Pebete, pilluelo criollo de edad indescifrable, chicuelo y travieso como una laucha, vestido con un traje cuya primitiva tela ha desaparecido bajo los remiendos híbridos y heterogéneos que semejan un tablero con casillas de diferente color y tamaño; calzado con unos zapatos que por entre las muecas del cuero raído dejan ver los dedos del pie armados de garras corvas, que no de uñas, y cubierto con un sombrero de forma imposible, desalado, terminado en punta, y tornasolado con los colores que median entre el negro del rapé y el verde botella.

Tras de él está el Conejo, de nombre y de cara, con los ojos vivos y redondos, los labios abultados y salientes, gran tocador de polkas y milongas que ejecuta con una de esas flautas de lata cuyas notas corresponden a otros tantos agujeros cuadrados, dispuestos como mechinales de palomar, y que se gana la vida luciendo sus dotes musicales en peringundines y bailes de candil.

A veces Conejo trae su flauta al patio, y entonces es de ver la atención con que le oyen los presentes, y acompañan al flautista con sus penetrantes y afinados silbidos, repitiendo la milonga más en boga y cantando con acento de quien busca gresca:

Soy del barrio de Palermo,
De la calle Santa Fe,
Mi nombre es: como gobierno;
Mi apellido: priendalé.

Entre el auditorio está Pequeño, napolitano acriollado, adornado de todas las pillerías importadas y de toda la travesura nativa, y más allá se ve al Zurdo, a Gambastorta, a la Nena, a Ronquito, a Alfeñique, al Piojito, a cien más, eternas reproducciones de los héroes de Hurtado de Mendoza, de Mateo Alemán, de Ladrón de Guevara, de Lesage; colegas de los pelaires de Segovia, de los Agujeros del potro de Córdoba y de los mozos de la feria de Sevilla que

mantearon al malaventurado Sancho; afines de Ginesillo de Pasamonte y de Gil Blas de Santillana; y llegando más a nuestros días, hermanos del inolvidable Gavroche, cuyas hazañas y pillastronadas copian y parodian instintivamente, sin haber nunca leído ni oído hablar de lo que esos sus ilustres antecesores hicieron para conquistar la imperecedera gloria de servir de carozo a los más sabrosos y sazonados frutos de nuestra habla castellana.

Causa risa el ver la importancia y prosopopeya con que esos chicuelos se hacen servir por el vendedor de helados, cuya mercancía saborean en una copa con más vidrio que hueco, pagando el importe con todo el desprecio de quien tiene en menos el dinero o fácilmente lo adquiere. Pero la gracia no está en tomarlo de un color, blanco o rosado, sino mixto, de uno y de otro, disciplinado, como dicen los franceses, mostrando de esa manera que saben darse un corte, al decir de los que, sin un centavo, vengan su pobreza satirizando a los opulentos.

¡Y con qué escrupulosidad juegan sus reales! No se trampean, no se alteran, ni pierden la gravedad, ya les sea adversa o favorable la suerte. Si se presenta la dificultad de un empate dudoso, o de un caso no previsto en sus códigos, se recurre al arbitraje de Andina que falla sin apelación en favor de quien, a su parecer, tiene de su parte a la justicia. Si por casualidad Andina está ausente, entonces ya es otra cosa; la dificultad se resuelve generalmente con arreglo al mote del escudo chileno: ¡por la razón o la fuerza! La última es la que dirime la cuestión.

A todo esto está el viejo masitero atento, siguiendo las peripecias del juego y haciendo votos íntimos a favor de sus habituales consumidores, esperanzado en que la ganancia de éstos ha de redundar en pro de la suya, dando despacho a aquellas desgraciadas masas, aburridas a fuerza de viejas, moteadas por las moscas que logran evitar el continuo abanicar del vendedor, y empedernidas como un criminal recalcitrante.

Hay momentos en que se hace insoportable para los que trabajamos aquí, puerta de por medio con ellos, el vocerío y la algazara que arman con cualquier motivo, y entonces son inútiles las amonestaciones y los discursos. Para aplacar aquella polvareda de descompasados gritos y de ruidosas carcajadas, hay que regarlos con dos o tres jarros de agua, que siembran la dispersión en los apretados grupos y sirven de elocuente y húmeda advertencia para hacerles entender que molestan.

A las tres empiezan a oirse los latidos del motor y el voltear del

volante de la máquina, y momentos después, este monstruo del arte y de la mecánica empieza a vomitar por arriba y por abajo, por derecha y por izquierda, las hojas de papel impreso que sirven durante una hora de alimento a la curiosidad pública, ávida siempre de novedades, como si estuviese en manos de los que escriben el hacerlas. Cada vuelta de la rueda marca ocho ejemplares que van a la circulación, y en menos de una hora salen a la calle más de cinco mil números, que a poco rato llegan a los más apartados barrios de la ciudad llevados y pregonados por los tertulianos del patio, que a paso de trote y con la voz anhelante, van gritando de calle en calle y de puerta en puerta, trepando a los tramways y deteniendo a los transeúntes: "EL NACIONAL! ¡Ultima hora! ¡Nacional-Cional!"

Los primeros 2.500 números que la máquina imprime pertenecen a un comprador por mayor, a Sarategui, que los detalla entre sus marchantes y monopoliza las estaciones de las vías férreas, la Bolsa y otros puntos de reunión. Después viene el despacho menudo; cien a un muchacho que los reparte con sus socios; cincuenta al otro, veinte al de allá, diez al de acá, guardando todos su número de orden, y ayudando a doblar los de sus compañeros mientras les llega el turno. En el lenguaje técnico de los muchachos, el diario se vende y se compra como los comestibles.

—Déme cinco pesos de Nacional.

—¡A mí quince pesos!

—Vendo diez pesos de Libertad doblada.

A las cinco, el patio, aquel patio tan animado y bullicioso dos horas antes, está muerto y mudo, con sus losas desiguales y resquebrajadas que conservan las huellas indelebles del continuo salivar y de las cáscaras de duraznos y bananas pisoteadas, que amenazan con un porrazo al incauto que por allí pasa distraído.

¿Dónde están los alegres pobladores del patio de El Nacional?

Por ahí van; por calles y por plazas; haya sol o lluvia, granice de frío o sofoque de calor, llevando bajo el brazo su mercancía política, literaria, comercial y noticiera, que reparten y venden en bien de ellos, de sus madres que esperan la modesta ganancia del día para poner la olla al fuego, y de sus hermanitos, que con los diarios viejos que el hermano no pudo vender, ensayan el oficio corriendo por los patios y corredores del conventillo que habitan, y gritando con sus vocecitas agudas y penetrantes, los pies descalzos y la camisita que apenas les cubre el vientre: ¡El Nacional! ¡Nacional! ¡Cional! ¡Ultima hora!

Marzo 14 de 1882

LOS CARNAVALES

Antaño y Ogaño

Echárame yo ahora a hacer un estudio histórico desde los comienzos del Carnaval, y tuviera, de seguro, para indigestar a mis lectores con un par de columnas de citas, fechas, lupercales y saturnales y mil otras antiguallas que hablarían mucho en favor de mi erudición, para los que no saben que estas cosas se encuentran en cualquier librajo de esos en que muchos cosechan los partes y novedades con que se dan ínfulas de ser sabedores de cosas de otros siglos, sin darse cuenta, las más de las veces, de lo que acontece en el que viven, como que va mucho de copiar lo que otros dijeron a hacer por sí las observaciones y comentarios a que se presta lo que nos rodea.

No crea, pues, el lector, que voy a remontarme hasta los orígenes de la fiesta que hoy comienza, pues sólo echaré un vistazo a quince años atrás, la mitad de los que tengo, con un ítem que no hay para que detallar, pues sabido es que, tanto hombres como mujeres, no salimos de los treinta hasta que los cuarenta nos suenan, y de acá a allá, todavía va larga para mí. ¡Así pudiera estirarlo...!

Decía, pues, y digo, que ahora quince años, y menos aún, se jugaba al carnaval a huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará de más hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oído jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase a carnaval como entre nosotros, de aquella manera criolla, que degeneraba, las más de las veces, en sopapos.

Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más espontáneo, más popular, y, sobre todo, más barato.

Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeúntes, y el comienzo del juego se anunciaba con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para que pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano,

el estampido guerrero para emprenderla con el primer incauto que pasase.

Todo era sonar el cañonazo y echarse a la calle centenares de muchachos, con canastas los unos, y con cajones los otros, colgados con un cordel de los hombros, anunciando a grito pelado:

¡A los buenos güevitos de olor
Pa las niñas que tienen calor!

a lo que otros contestaban:

A los buenos güevitos de triquitraque
Pa las niñas que usan miriñaque

Llevaban los muchachos su frágil mercancía muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado a la cera con que se tapaban las cáscaras después de llenarlas de agua nominalmente perfumada, a razón de un frasco de "eau de cologne", de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo, y sumergidos dentro de la cera hirviendo para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil.

Estos chicuelos surtían a los jugadores accidentales, paseantes que se entusiasmaban al recibir un balde de agua, y devolvían la fineza con una docena de balazos, que no de huevazos, según era la fuerza con que arrojaban las cáscaras, muchas de las cuales, mal rellenas, se estrellaban en el aire, disolviéndose la carga de agua en menudísima lluvia, tal era el impulso que llevaban.

Pero el jugador típico era el orillero de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla y en la mano otro, atado por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provisión de hasta dos docenas de huevos, bastantes para divertirse los tres días. A buen seguro que mi hombre lanzase un huevo a la ventura. Apuntaba como quien va a tirar al blanco, reboleaba el brazo dos o tres veces, y si consideraba dudoso el golpe, volvía a guardar su huevo, por no malgastarlo.

Y así se recorría toda la ciudad, soportando los baldes de agua que de las azoteas y balcones le llovían, o recibiendo en plena cara uno de esos jarrazos traicioneros que salían de atrás de una puerta entornada, disparados generalmente por una fornida gallega o por alguna morena de ésas que tienen cada brazo como un tronco.

Al caer la tarde, se veía venir en una u otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía a jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules o rojas, pantalón blanco, bota de charol a la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achatada hacia un lado. Allí era el salir apresuradamente a los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos le arrojaban con toda mesura, a barajar, para no lastimarlas.

—Acérquese, pues, no sea cobarde, —decía una dirigiéndose a alguno de los campeones.

—Me acercaré si usted me tira esa flor que tiene en la cabeza, —contestaba el amartelado galán.

—Allá va, venga a recogerla.

Caía la flor bajo los balcones, apresurábase el caballero a levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba a saludar a la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le cegaba y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

—¡Cómo ha de ser! No hay rosas sin espinas...

Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua que les dejaba ensopados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con exquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese a alguna gritar:

—¡Puf! Está podrido.

Cuando ambos beligerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban a manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban a los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba a su destino, empujándose, pateándose, por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas a fulana y a zutana a quienes las enviaban por medio de sus sirvientes, no atreviéndose a correr el albur de que al arrojarlas cayesen entre la turbamulta de arrapiezos que andaban a caza de gangas.

Venían, por fin, los saludos, que por lo general iban rociados de

algún jarrazo especial, combinado con la mucama, estratégicamente colocada para no errar el golpe, y tras de esta húmeda despedida, retirábanse los jugadores, mojados hasta la médula de los huesos, las camisetas lacias, destiñendo el azul o el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orondos con sus coronas, terciadas al hombro, cifrando cada cual su orgullo en el mayor número de las conquistadas en la acción que acababan de librar. ¡Pobres coronas! Al finalizar la jornada, sólo quedaba de ellas algún jirón de tarlatana marchita, y como triste realidad, el arco de barrica en torno del cual la delicada mano de fulanita abullonara crespones y tules para obsequiar a su campeón.

Muchas veces, cuando las heroínas estaban ya muy tranquilas haciendo el recuento de los regalos y narrando los episodios del combate, se veían de repente sorprendidas, invadidas por un grupo de intrépidos que iban a librarles batalla dentro de sus propias trincheras. Gritos, cerramientos estrepitosos de puertas, vidrios rotos, repliegues de las jugadoras a un rincón, y protestas de los dueños de casa; tal era el comienzo de la lucha. El campo de batalla era la sala, prudentemente desamueblada desde el día anterior, sin alfombra, sin cortinas, sin ningún adorno, en fin, más que la gran tina de baño colmada de agua, el baño de asiento, la tinaja, los tachos grandes de la cocina, y todo cuanto cacharro pudiera servir de depósito para tener mucha agua a mano.

Repuestas las niñas del susto, emprendían el ataque, provistas de sus jarros, pues buen cuidado tenían de no dejar sus armas para que el enemigo las aprovechase. Defendíanse los hombres como podían, con las manos, con el sombrero, con lo que les caía al alcance, pero generalmente acababan por quedar vencidos, porque es irresistible una carga de jugadoras de ésas que se calientan en la refriega y ya no miran para atrás, arrojando agua mientras tienen agua, y concluyendo a jarrazo limpio cuando ya no tienen con qué mojar. Escurríanse los asaltantes como podían, perseguidos hasta en la escalera por la servidumbre que hacía de reserva a las patronas, pero frecuentemente sucedía que el menos listo o el más aturdido quedaba solo, encerrado dentro de un círculo femenino que, no por serlo, era menos terrible, y entonces pagaba él la calaverada, por él y por sus compañeros. Esta le aturde con un jarro de agua en los ojos, aquélla le aplasta encasquetándole un balde lleno en la cabeza, la otra le pellizca de un brazo, tironeándole la de más allá de las orejas, hasta que, entusiasmadas de veras, cargan las cuatro con él, y a pesar de sus manotadas y pataleos, le zambullen dentro de la tina, y de buena gana le ahogarían, si la oportuna intervención del dueño de casa no pusiese fin a la gresca. ¡Cómo saldría de mohino y cariacontecido el zarandeado asaltante, es cosa que ya el lector sobradamente se imaginará...!

Había también los jugadores hípicos, grandes jinetes que se lucían cerrándole piernas al caballo para pasar por entre dos cantones, en medio de una granizada de huevazos y una lluvia de bombas, costalando el caballo sobre las piedras, azorado con la bulla, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados y del frente y de atrás, sin atinar por donde huir para librarse de aquel infierno.

La calle, sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevo, denunciaba a los jugadores que, ocultos tras los pretiles de las azoteas, acechaban a los incautos. De repente aparecía un transeúnte, y mirando con cara de pillo, se aventuraba por la cuadra peligrosa, en la seguridad de burlar a los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre sí que los jugadores estarían encima de él, y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible a la pared para resguardarse con las cornisas y balcones. ¡Inocente! Cuando más contento iba felicitándose de su travesura y sonriéndose del chasco que había dado ¡zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que le ensopa de los pies a la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al medio de la calle, y entonces le aprovechaban los de arriba, apedreándole a huevazos, haciéndole tambalear a baldes de agua, y muchas veces, dando con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado en la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matraca que atraían a todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina, y cuando más encantados estaban éstos gozando con las desgracias del caído, ¡cataplum! llovía sobre ellos toda una tina de agua que les dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado.

¡Oh! ¡los buenos tiempos! Ya se fueron para no volver. Ahora todo es mezquino y raquítico. Se juega con pomitos, ridículo remedo de aquellas monumentales jeringas cuyo grueso chorro alcanzaba hasta los miradores. Y lo mismo que los jugadores, se van las máscaras, aquellos "mascaraos" típicos que ha pintado de mano maestra Dermidio de María, describiendo a los marqueses y las pastoras, sudados ellos dentro de sus casacones de terciopelo, y despea-

das ellas con los zapatos estrenados ese día, y domados en una continua caminata desde las doce hasta la puesta del sol, para seguir después el bureo en los trasijados bailes de rompe y rasga, en que van las parejas ceñidas como los hermanos siameses, haciendo de dos cuerpos un solo bloque que se menea como un ¡ay de mí! y suda a mares desde la punta del pelo hasta... ¡no descendamos, por higiene siquiera, hasta esos extremos que no hay para que nombrar!...

¿Dónde se han ido los condes de careta de alambre con la boca de resorte para fumar una tagarnina? ¿Dónde, los indios de camiseta de punto, adornada la cintura y la cabeza con desperdicios de plumeros? ¿Qué se han hecho los turcos de cabeza atada con pañuelos de algodón, luciendo sobre la ropilla la licencia policial, y holgadamente calzados con amplias alpargatas?

Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron? ¿dónde están?

Ya no se ven aquellas comparsas heterogéneas, formadas por acumulación en torno de un acordeón y una pandereta, sin conocerse los unos a los otros, vinculados momentáneamente por el deseo de marchar al compás de una música cualquiera, y disolviéndose de la misma manera que se agruparon, sin darse siquiera las buenas tardes, elementos congéneres en el modo de ser, que se agrupan como lo hacen los pájaros, en bandadas, aunque sean de diversa procedencia y plumaje, sólo porque son pájaros, como sólo por ser turcos todos ellos se empandillaban aquellos "mascaraos" de los buenos tiempos.

Pero, no eran sólo éstos los que apelaban al disfraz en esos días clásicos del engaño. También los jóvenes de la mejor sociedad se organizaban en lucidas comparsas, y de entre las de mi tiempo, recuerdo muy especialmente La Mitológica, cuyos socios pertenecían a las principales familias. Como su nombre indica, era aquella comparsa formada por los Dioses del Olimpo, y cada cual tenía su traje y sus atributos expresamente mandados venir de Europa.

Hacía de Júpiter Eugenio Garzón, ya con sus tendencias de mando, muy grave, envuelto en su manto rojo franjeado de armiño, ceñida en la frente la corona, y esgrimiendo en la diestra el fulminante haz de rayos. Federico Vidiella representaba a Vulcano, con su mandil de cuero y su gran martillo, aunque no caracterizando al dios herrero en su cojera, tal vez porque era poco elegante eso de hacer el rengo delante de las niñas. El Cielo figuraba Apolinario

Gayoso, que hoy es colector de Aduana, todo tachonado de estrellas, radiante de sol y plateado de luna; y a su lado marchaba Emilio Herrera, con casco, escudo y lanza, remedando al belicoso Aquiles. Santiago Michelini, que con toda seriedad está hoy en su bufete de El Siglo, era por aquel entonces nada menos que el fornido Hércules, con su piel de tigre al hombro y su gran maza en la mano, haciendo pareja con Miguel Reissig que, vestido de Terror, aterrorizaba a cuanto chicuelo encontraba. De Momo hacía Ricardo Lacueva, obligado a reír aunque le doliesen las muelas, forzado por el jocoso papel que representaba; y Carlos Castells, figurando a Saturno, pareciendo querer tragarse las piedras solo por representar a lo vivo a aquel gran comilón que hasta sus hijos devoraba. José Antonio Ferreira reproducía al pudoroso Telémaco, y sospecho que lo copiaba hasta en lo de gustarle todas en general, sin hacer hincapié en rubias ni en morenas.

Su hermano Alberto caracterizaba a Mercurio, papel que se le confió por ser el más espigado de la comparsa, y andaba él muy ufano con su caduceo adornado de víboras en la mano, y sus alitas en los talones y en el casquete. Eduardo Nebel personificaba a Marte, con su yelmo y su corazón, esgrimiendo una tajante espada, y tan por lo serio tomó la cosa, que no quiso guardarla virgen, como otras que ustedes conocen, y la envainó en un ternero, que murió orgulloso al verse herido por aquel olímpico acero. Eduardo Fariña era Neptuno, con su punzante tridente, todo adornado de atributos marinos, y junto con él figuraban Orfeo, Apolo y otras divinidades, que no recuerdo a quienes estaban confiadas.

Lo que sí recuerdo es al dios Pan. Figúrense ustedes a un hombre metido, en pleno febrero, dentro de una piel de carnero, cerrada desde el cuello hasta los pies como si estuviese forrado en lana, y ya se imaginarán lo que sufriría, lo que se fastidiaría el joven Calvo, hermano del reputado músico don Carmelo, que bramaba de calor y de ira contra la diabólica idea de aquel maldito pastor de vestirse de zamarras de carnero. Lo que Calvo renegaba, no es para repetirlo, pero sí puedo garantir que recordaba con fruición la hoja de higuera, y que de buena gana hubiera cambiado su jerarquía de dios Olímpico, por la de un simple Adán, a pesar del ligero traje que gastaba nuestro padre común.

La Mitológica no era una comparsa de mera exhibición. Los dioses cantaban como simples mortales, y al efecto, Vicente López compuso unas canciones con sabor olímpico, erizadas de esdrújulos, y

Carmelo Calvo las puso en música, en una música mitológica, también, como correspondía a tan mitológica comparsa. Decía el coro:

Llenos de júbilo
Los mitológicos
Que manda Júpiter
El inmortal,
De los empíreos
Al mundo mísero,
Todos bajemos
Al carnaval.

Era de ver los aires que se daba "Júpiter" cuando se oía decir inmortal! Ensayados los coros, y templados los instrumentos, resolvió "La Mitológica" echarse a la calle; y por no hacerlo a usanza de los mortales, que van por lo general a pie, alquilaron un carro de mudanza, sobre el cual levantaron una gradería, que semejaba el Olimpo, donde iban muy gravemente sentados los dioses, ocupando la cúspide el alado y travieso "Cupido", que lo representaba Manuel Reissig, chicuelo a la sazón de diez años, lindo como un querubín, armado de su arco y colgada a la espalda la aljaba bien provista de traicioneras flechas.

Arreglado todo, montaron los dioses en su olímpico carro, vestido el cochero con un traje también mitológico, para no desdecir del conjunto. Precedían a la comparsa unos lictores, jinetes en blancos corceles, y tras ellos iban los músicos, metidos dentro de un carro adornado, todos ellos vestidos de romanos, haciendo la más estrafalaria figura.

Cerraba la marcha el carro de los dioses, parecido a aquél que encontró don Quijote con los cómicos que representaban "Las cortes de la muerte"; y puesta en camino la comitiva, se dirigió a la casa del señor Vidiella, cuyo hijo Federico era el presidente de la comparsa, correspondiéndole, por consiguiente, la primacía en cuanto a ver y oír a los cantantes olímpicos. Vivía entonces el señor Vidiella en la esquina de la plaza, altos de la antiquísima "Confitería Montevideana", que ahí está como era entonces, es decir, hace la friolera de quince años, y allí bajó la comitiva con mucho orden; subieron los dioses a la sala, donde les esperaba toda una corte de huríes, lucieron sus trajes, entonaron sus canciones e hicieron sus gracias, si es que hacerlas sabían.

Aplaudidos v festejados fueron los "Mitológicos" con toda esplendidez, y satisfechos con aquel triunfo que en su primera salida alcanzaran, decidieron visitar algunas otras casas, empezando por la de don Salvador Buxareo, que era la más cercana, situada en la calle 25 de Mayo, casi esquina a la de Cerro. Instalados todos en sus sitios partieron los lictores al trote de sus caballos por la calle de Cámaras; tras ellos arrancó el carro de los músicos romanos, y en seguida se puso en marcha el Olimpo, arrastrado por cuatro briosos corceles, que, encontrando liviano el tiro por la pendiente, tomaron a trote más que regular, zangoloteando a los dioses que hacían pininos por no caer, tales eran los balances del vehículo, debidos a las desigualdades del empedrado.

Al llegar los lictores a la esquina de Cámaras y 25 de Mayo, doblaron por ésta en dirección a lo de Buxareo; dobló en seguida el carro de los músicos, pero el de los dioses, veloz como venía, todo fue doblar, y volcarse, cayendo carro, dioses, catafalco y atributos contra la hojalatería de Carril, situada entonces en el sitio que hoy ocupa el encantado palacio de don Pancho Gómez.

El que mejor parado salió fue Cupido, que por ser el más encumbrado escapó ileso de toda apretura, cayendo de lo alto como un angelito con sus alas abiertas.

¡Pero los dioses! ¡No les valió para nada la divinidad! Voceaba Júpiter, renegaba Saturno, quejábase a grito herido Vulcano, apostrofaba Marte al mitológico carrero, que juraba "¡per la Madona!" echando ajos y cebollas como un condenado, y todo era allí confusión, algarabía y desesperación de los salvados, al ver que debajo del carro había un amasijo de dioses que pataleaban, manoteaban y pedían auxilio.

¡Adiós Olimpo! ¡Adiós canciones! ¡Adiós trajes! ¡Adiós triunfos!

El único que no tuvo de que quejarse fue el dios "Pan": aquel cuero lanudo que tanto le sofocaba, le sirvió de colchón en la caída, realizándose así en él aquello de: "no hay mal que por bien no venga".

Y no cuento más, lector, porque yo ya estoy cansado, y tú estarás aburrido, así es que doblemos la hoja, y no hablemos para nada de estos carnavales chirles de ahora en que no hay huevos, ni bombas, ni jarros de agua, ni jugadores de pañuelito, ni héroes de coronas, ni asaltos, ni marqueses, ni pastoras, ni turcos, ni tumbos mitológicos como el que llevaron mis amigos en su olímpica excursión.

¡Pomitos...! ¡Dominoes...! ¡Bah! ¡bah ¡bah!

Febrero 4 de 1883.

EL CORNETA SAYAGO

En todas las agrupaciones sociales se destacan de entre el hacinamiento de la población ciertas entidades que, sin estar rodeadas de los prestigios que granjean el talento y el valor, alcanzan a veces más extensa popularidad que las personalidades eminentes.

Esos tipos son de todos conocidos y de todos estimados, sin que muchas veces haya más razón para esa popularidad que la de imponerse ellos mismos por alguna particularidad, que acaba de ser un rasgo fisonómico de la sociedad en que se agitan, incrustándose como un hábito en las costumbres que caracterizan a cada pueblo.

En Montevideo, por ejemplo, a nadie sorprende el toque marcial del clarín a cualquier hora del día o de la noche. Ese mismo toque, en Buenos Aires, llamaría a las puertas y ventanas a todos los pacíficos industriales de la gran ciudad: apenas si despierta entre nosotros a los chiquillos que duermen, o hace poner el oído atento al extranjero llegado ayer a estas playas.

—Es Sayago, —decimos todos, y ese simple apellido basta para explicar la causa que motiva el toque, que desde lejos viene oyéndose con intervalos, hasta que llega a la cuadra y taladra con sus penetrantes notas las puertas y las paredes, yendo a repercutir en los fondos de las casas, donde provoca chismes y cuentos de la servidumbre sobre Sayago y su clarín, instrumento que forma ya parte de su organismo y va tan unido a él, que separarlo sería dejar incompleta su personalidad de uno de sus más pronunciados rasgos.

Todos conocen a Sayago, pero no todos conocen sus antecedentes, ni ciertas peculiaridades resaltantes de su vida. Ni siquiera habrá dos de sus más íntimos que sepan la edad que tiene. Sayago es un negro al parecer joven, de facciones afiladas, delgado, de regular estatura, de mirada inteligente, de barba escasa, y la cabeza poblada con una mota espesa y renegrida. Echándole por lo alto, a cualquiera se le ocurre que tendrá entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—¡Quién me los diera! contestaría Sayago a quien tal dijese. Según su cuenta, nació el año uno del siglo actual, y tiene, por consiguiente a la fecha la respetable edad de ochenta y un años, que por cierto no le pesan ni le estorban para recorrer con toda agilidad cuadras y cuadras, a paso ligero, como si fuera un mocetón de veinte abriles.

Nació Sayago en Lucango, población situada en la costa Occidental de Africa y comprendida en el reino de Congo, bajo la dominación de Portugal, y corre por sus venas sangre aristocrática. Su padre fue el cacique Lucango Cabanga, y su madre la respetable matrona Joanna Quicola, quien puso especial esmero en la educación de éste que hoy conocemos por Sayago, y cuyo verdadero nombre es Antonio Lucango Cabanga, ciudadano africano, nacido, bautizado y amamantado a la sombra del pabellón de la muy poderosa casa de Braganza.

Tan precoz se mostró el negrillo, que a los diez años entró ya al servicio de su patria, embarcándose en calidad de ordenanza en el bergantín de guerra "Promptidao", a las órdenes del comandante José Clemente Guimaraens Silva da Costa, quien, por lo visto, podía lastrar el buque con sólo cargarlo con sus nombres y apellidos.

Hacía el "Promptidao" oficio de crucero para impedir el comercio de esclavos, y en una de sus excursiones, llegó por primera vez a Montevideo el año 1811, trayendo a su bordo al hijo del cacique del Congo, cuyos recuerdos de aquellos tiempos son algo confusos, aunque hace memoria de haber conocido la Matriz, ubicada entonces en el solar que hoy ocupa el Club Inglés, techada de paja, y dando frente a un potrero en que pastaban vacas y caballos, que eso y no otra cosa era por aquella fecha nuestra Plaza Constitución, adornada hoy con fuentes y bancos de mármol.

El "Promptidao" levó anclas un día, y junto con las anclas se llevó nuevamente al negrito Antonio, quien siguió creciendo a bordo hasta que el bergantín no pudo más, y vino a dar con su casco en los peñascos de Punta de Yeguas allá por el año 39, donde a la sazón estaba, como está todavía hoy, el saladero de Sayago, regenteado por un tal don Julián Contreras, quien tomó a su servicio al moreno, suplantando a su apellido de regia estirpe africana, el del dueño del establecimiento que administraba.

Y he ahí por qué Antonio Lucango Cabanga vino, con el andar de los tiempos, a llamarse Antonio Sayago, sin haber nunca sido esclavo, pues libre nació y libre ha vivido hasta esta fecha, sin reco-

nocer más autoridad que la de su respetable señor padre y la del Gobierno bajo cuya bandera vio por primera vez los picantes rayos del sol africano.

A poco vino el Sitio Grande, y no hay para qué decir que ni sus fueros de príncipe, ni su carta de ciudadanía portuguesa, bastaron al joven Lucango para escapar a las estrecheces del servicio militar, y sin más ni más tomó el uniforme, valiéndole su buena disposición el ser pronto promovido a sargento de órdenes del Batallón 2° de Guardias nacionales, que mandaba el entonces coronel don José María Muñoz.

Nueve años combatió Sayago, y por cierto que el encontrarse fuerte y robusto no lo debe a la buena vida que pasó en la línea, donde:

el descanso era el pelear
y el dormir siempre el velar;

y a fe que, según cuentan las crónicas, no era Sayago el último en las guerrillas, ni de los que dormían con los dos ojos, pues era siempre el primero que se presentaba listo y pronto a cualquier hora que se le buscase.

Vino después la calma, se hizo la paz aquella en que se declaró no haber vencedores ni vencidos, volvieron los aceros a las vainas y los fusiles a los armeros, los soldados tornaron a su casa convertidos en simples ciudadanos, pero no volvió Sayago, quien quedó uncido al yugo del uniforme, aunque ya más aliviado de servicio, pues, debido a sus tendencias y aptitudes filarmónicas, ingresó como corneta pistón en la banda del Regimiento de Artillería.

Si mis apuntes no están errados, Sayago se casó por aquel tiempo, y buscando compañera digna de su real estirpe, eligió por esposa a Eugenia Rivera, hija de Tía Catalina Vidal, morena de campanillas, célebre por sus pasteles y empanadas, cuya fama trasciende todavía, perpetuada por las manos de su hija, que heredó de Tía Catalina el secreto de aquellas hojaldres sutiles como encajes, y de aquellos recados de vigilia que hacen la delicia de los que aún observan la costumbre "de no comer de carne" en los días clásicos de la Semana Santa.

Yo la recuerdo todavía, a Tía Catalina, con su canasto de caña tejida equilibrado en la cabeza sobre un rodete de trapo, contoneándose por esas calles, con su rebozo a media espalda, y la mano apoyada en la cadera, recorriendo las casas de sus marchantes. Y recuerdo, también, cuando ponía en el suelo su canasto, y ella en cuclillas, quitaba primero la blanca toalla que lo cubría, y en seguida iba levantando una tras otra las frazadas dobladas que servían de abrigo a los pasteles, arreglados allá en el fondo en una doble camada, humeantes todavía como si acabasen de salir del horno. Más de una vez, yo muchacho, y goloso, quise meter la mano en el canasto para tomar alguna hojaldre suelta, almibarada con el azúcar revenida por el calor de la masa, y más de una vez, también, Tía Catalina castigó mi golosina pegándome en la mano, indignada de la profanación de su canasto, consagrado como urna sagrada de la pastelería, donde sólo ella podía revolver sin desarreglar el orden de la estiba, en lo cual estribaba el secreto de conservarse la mercancía caliente.

Eugenia, la mujer de Sayago, no va por las casas como Tía Càtalina. Su aristocrático enlace no le permite lanzarse a la calle, y orgullosa de su habilidad, recibe órdenes a domicilio, sentada al lado de su horno de ladrillo y barro, tibio por lo menos sièmpre, pues raro es el día en que no sale de allí horneada de pasteles y empanadas que sólo disfrutan los viejos marchantes; porque, eso sí, Eugenia Vidal de Sayago no trabaja para cualquiera, aunque le hagan saltar las monedas ante los ojos. Apenas si, como homenaje de repeto a la memoria de su madre, sirve a los que fueron parroquianos de Tía Catalina.

Fructífero en demasía fue el casamiento de Sayago con Eugenia, quien hasta esta fecha ha enriquecido el linaje de los Lucango con la friolera de veintiún descendientes, de los cuales, los siete son varones, y mujeres las catorce restantes. Es de creer que Sayago se dé por satisfecho con esa respetable prole, máxime teniendo en cuenta que el árbol genealógico de su familia continúa echando nuevos brotos, pues cuenta ya hasta siete nietos, y dada la fertilidad de los abuelos, no hay por qué dudar que la multiplicación de la especie seguirá adelante.

El año 59, aprovechando la oportunidad de un buque que partía para Loanda, creyó de su deber Sayago ir a saludar a sus ilustres padres, de los cuales sólo encontró vivo al cacique Lucango Cabanga, tan fuerte como si no hubiese pasado por él un solo día, y siempre querido y respetado de sus súbditos.

Grandes festejos hubo con tal motivo en la aldea de Lucango. Se bailaron candombes interminables, se destaparon sendas botijas de chicha, y en retribución a aquellos obsequios, Sayago tocó algunas piezas en su clarín, despertando con estridentes notas los ecos

de las selvas africanas, y atemorizando en sus guaridas a los leones y panteras que las pueblan.

Después de algunos meses de candombe y jolgorios, Sayago habló de volver. Su venerable padre y todos los dignatarios de la corte hicieron supremo esfuerzo para retener a aquel compatriota ilustre: más de una belleza conga dejó escapar un suspiro por entre sus labios de grana y puso los ojos en blanco tratando de seducir al ingrato que la abandonaba, pero Sayago hizo presente sus deberes de esposo y de padre, habló al viejo Lucango de las virtudes de su nuera Eugenia, demostró la necesidad de su presencia para vigilar la educación de los veintiún Lucanguitos que había dejado, y después de una tierna despedida se embarcó en el bergantín "Oriente", llegando a Montevideo nuevamente a mediados de 1860.

Sólo entonces fue cuando le ocurrió poner su clarín al servicio del público, y libre ya de sus compromisos militares, se dedicó a pregonero y distribuidor de anuncios, atrayendo la atención de los transeúntes con los acordes marciales de su inseparable trompeta.

No hay empresario de teatros o de circos que no eche mano de Sayago para repartir los carteles del espectáculo. Piria debe en gran parte su popularidad de martillero a los toques de clarín con que Sayago pregona la interminable venta de solares en el "Recreo de las Piedras"; y tal importancia se da al instrumento, que no ha mucho fue contratado expresamente para anunciar no recuerdo qué publicación en Buenos Aires, donde alcanzó Sayago gran popularidad en un par de días, viéndose seguido por calles y por plazas de un gran séquito de curiosos, atraídos por los ecos de la Marsellesa, el himno de Riego o la marcha de Garibaldi, que son las tres piezas predilectas que ejecuta en su clarín.

....

Estamos en verano. Los tendidos de la plaza de toros están poblados por seis u ocho mil espectadores que ansiosos esperan el comienzo de la lidia. La impaciencia se traduce en un clamoreo infernal que termina en un coro acompasado, en que todos toman parte al grito de: "¡Son—las—tres! ¡son—las—tres!" y cuando el bullicio crece, y las imprecaciones por la tardanza amenazan convertirse en zambra, una nota estridente y prolongada domina todas las voces, apaga todos los murmullos, y repercute en todos los ámbitos de la plaza, hasta que sus últimos ecos mueren entre el clamoreo unánime y espontáneo de un "!Viva Sayago!" con que el público aclama a nuestro Lucango, cuyo clarín ha dado la orden de abrir la

puerta del brete.

Salta la fiera al medio del circo, nerviosa e inquieta, buscando en quien cebar la punta de sus afiladas guampas; arremete con los picadores impotentes para contener su empuje que llega hasta el caballo, desgarrándole las entrañas; corre la sangre, afánanse los diestros, crece la gritería, y sobrepuestos ya a las conveniencias de la educación de los instintos animales del hombre, se piden más víctimas, hasta que nuevamente se hace sentir el clarín de Sayago para poner fin a la matanza de caballos, y ordenar la suerte de banderillas, de las que una vez bien adornado el morro del toro, se toca a matar, toque a que Sayago da toda la solemnidad del caso, prolongando las notas y rematándolas con un chillido agudo como la punta del estoque que hiere a la irritada fiera.

Concluida la temporada tauromáquica vuelve Sayago a sus cuarteles, y en los días de santos populares o aniversarios patrios, organiza murgas, al frente de las cuales recorre las casas de todos los Juanes y Pedros o Antonios que sabe él han de retribuirle la atención con alguna propina decente. El 25 de Mayo saluda a toques de clarín a todos los argentinos bien acomodados; el 14 de Julio festeja a los franceses; el 24 de Mayo, día de la reina Victoria, cumplimenta a los ingleses; en el aniversario del Estatuto, les da música a los italianos; y a todos ellos, a españoles, a italianos, a franceses y a ingleses, les dirige discursos alusivos al festejo, hablando a cada uno en su idioma, pues entre sus muchas habilidades se jacta Sayago de ser polígIota, y para probarlo, habla el castellano pasablemente, bastante bien el portugués, chapurrea el inglés, maltrata el francés, tartamudea el italiano, disparata en vasco y hasta masca sílabas incomprensibles que, según él, tienen su significado congo pretendiendo que : "Angola-ya-ilange ya-samba-ogina-dia tata-me-gana-lucango-cabanga" quiere decir traducido al español: "Mi padre se llama Lucango Cabanga, y es natural de Angola."

Aquí sí que viene de perilla aquello de:

el mentir de las estrellas,
es muy seguro mentir,
pues que ninguno ha de ir,
a ver lo que pasa en ellas.

Pero, puesto que Sayago lo dice, y no tengo yo fundamento para dudar de su palabra, es necesario admitir que habla en congo, mientras no se pruebe lo contrario, así como también debe creerse lo que

dice de su padre, y es que vive todavía, contando a la fecha la matusalénica edad de ciento cincuenta y cuatro años, lo que da a Su Majestad Lucango Cabanga una respetabilidad bíblica, patriarcal, y sobre todo, envidiable.

Y todavía dice más Sayago: y es que el viejo Lucango, a pesar de su siglo y medio, se permite el lujo de aumentar su tribu año tras año con Lucanguitos, hermanos menores de éste que todos conocemos, y que tiene ya la friolera de ochenta y un inviernos... ¡Esa no cuela, Sayago...!

Lo que más distingue al héroe de mi cuento es la cortesía. ¡Sayago es un saludador terrible! Si diez veces encuentra a uno por la calle, diez veces le ha de sacar el sombrero, y otras tantas le ha de preguntar por la familia, y le ha de desear mil felicidades, y le ha de encargar muchos recuerdos por casa, siempre con el sombrero en la mano, el ademán respetuoso, y sin la más mínima insinuación en demanda de una propina. ¡Eso no! Sayago no limosnea. Recuerdo, con este motivo, que en una de las conferencias que sobre este país dio en París el Barón de Rasse, esposo de doña Pilar Solsona, refiriéndose al desprendimiento de este pueblo, dice que una vez, cruzando por la plaza Constitución, encontró un moreno que repartía una publicación a toque de clarín, y que, habiendo tomado un ejemplar y queriendo retribuirle con una moneda, vio con sorpresa que el moreno la rechazaba.

¡Era Sayago! Sayago a quien le pagan para que reparta anuncios, y a cuya honradez repugnaba aceptar lo que aquel caballero creía el costo de la publicación que había tomado.

Esa honradez es la que le ha granjeado las simpatías que tiene. Sayago es lo que se llama un hombre de entera confianza, y en toda su larga vida no tiene un solo antecedente que afecte a su reputación.

Es activo y emprendedor; no pierde ocasión de hacer negocio, reparte esquelas, distribuye prospectos, pregona remates, o desde un extremo a otro de la ciudad, se oye todos los días el toque de su clarín, alegre y sonoro como una diana, cuyo eco repercute en todos los oídos, y sobre todo en el de su esposa Eugenia, que sabe muy bien que aquellos acordes y sonatas están representando el pan y el puchero en cuyo torno juguetean, descalzos y a medio vestir, los nietos de Su Majestad Conga, el insigne Lucango Cabanga, padre de aquel negrito que llegó a Montevideo allá por el año 11, a bordo del bergantín "Promptidao", y que hoy todos conocemos por el apodo de: "el corneta Sayago"

INDICE

Prólogo	7
Manuel Fernández Tablas	11
El Capitán Viruta	19
Juan Manuel Bonifaz	25
La escuela Juan Manuel Bonifaz	35
La Basura	42
Misericordia Campana	48
El Patio de "El Nacional"	54
Los Carnavales	59
El Corneta Sayago	68

Se terminó de imprimir en Prisma Ltda.
Gaboto 1569 - Montevideo - Uruguay
en junio de 1984.
Edición amparada al art. 79 de la
ley 13.349 (Comisión del Papel)
Depósito Legal N° 198.916